

**Rafael Palmero Ramos**  
**Obispo de Orihuela-Alicante**

**NUESTROS MAYORES, MAESTROS DE SABIDURÍA**

**“Para que adquiramos un corazón sensato” (Salmo 89)**

Alicante, junio de 2007

## ÍNDICE

Ofrecimiento al Papa Benedicto XVI

0. **ACOMPañAR CON COMPRENSIÓN Y CARIÑO**  
 Nuestros queridos mayores  
 Maestros de sensatez  
 Tiempo para lo esencial  
 Una sociedad inclusiva. Equidad y armonía intergeneracionales  
 Salmo 89. Señor, tú has sido nuestro refugio
  
1. **“ENSÉÑANOS A CALCULAR NUESTROS AÑOS” (Salmo 89,12)**  
 Enséñanos a calcular  
 Meditar nuestro tiempo  
 Fases y conjunto de la vida  
 Acontecimientos y quehaceres en sucesión  
 Momentos lentos, momentos continuos y momentos concentrados de la vida  
 Edad espiritual  
 Lectura sapiencial de la propia vida  
 Fatiga inútil, la mayor parte de nuestros esfuerzos  
 De la fatiga inútil a sentirse útil
  
2. **“PARA QUE ADQUIRAMOS UN CORAZÓN SENSATO” (Salmo 89, 12)**  
 “Adquirir” Es aprender a ser y a crecer  
 Un corazón sensato  
 La edad de la sabiduría  
 De qué sabiduría hablamos  
 La gran misión de los ancianos  
 Riqueza interior, ancianidad y sabiduría  
 Maestros de la ciencia de la vida  
 La sabiduría como sensatez  
 La sensatez como prudencia  
 La personalidad prudente  
 Maestros de la decisión madura  
 Verdadera y falsa prudencia: prudencia del espíritu y prudencia de la carne
  
3. **“ POR LA MAÑANA SÁCIANOS DE TU MISERICORDIA Y TODA NUESTRA VIDA SERÁ ALEGRÍA Y JÚBILO” (Salmo 89, 14)**  
 Sácianos de tu misericordia  
 ¿Para qué sirve la religión?  
 Espiritualidad en la ancianidad y de la ancianidad  
 El gozo del Señor, serenidad sapiencial  
 La sabiduría como esperanza y la esperanza como sabiduría
  
4. **“QUE TUS SIERVOS VEAN TU ACCIÓN, Y TUS HIJOS TU GLORIA” (Salmo 89, 16)**

Ver tu acción y tu gloria  
"Honra a tu padre y a tu madre"  
En logrado clima familiar  
Los ancianos, una riqueza y un tesoro para todos  
Acogerlos, asistirlos y valorar sus cualidades  
A los familiares de nuestros mayores  
Vivir la ancianidad en el ambiente familiar  
Honrar al anciano enfermo  
Operatividades varias de la honra a los padres y mayores  
Defensa permanente de su puesto y su dignidad

### **CONCLUSIÓN**

No se es viejo ni joven para amar a Dios  
Carta del Hno. Rafael Arnáiz Barón, monje trapense  
Bienaventuranzas, en sintonía coral

## OFRECIMIENTO

### Al Papa Benedicto XVI,

que celebró su 80º cumpleaños el pasado 16 de abril, rodeado por el afecto y el cariño de todos los católicos y apoyado por las oraciones de la Iglesia Universal.

“¡Ochenta años de vida! Del corazón de todos los católicos se eleva un himno de acción de gracias a Dios, que en el año 1927 llamó a la existencia a nuestro amado Pontífice. El pensamiento va, naturalmente, a sus padres y sus familiares, que desde el cielo participan en nuestra fiesta de familia. La mirada se ensancha y abarca todo el arco de los ocho decenios transcurridos. ¡Cuántos encuentros, cuántas personas conocidas, cuánto trabajo realizado en ochenta años! (...)

En él se unen dones de naturaleza y de gracia, valorizados por la humildad y la sencillez que caracterizan su trato personal exquisito. De ahí deriva una autoridad moral reconocida, gracias a la aguda genialidad del investigador y teólogo, valiente e intrépido defensor de la verdad del Evangelio, unida a la conciencia de ser un “humilde servidor en la viña del Señor”, siempre dispuesto a la escucha y al diálogo, testigo incesante de la alegría y profeta de *Dios que es amor* (...)

Hoy, con renovado entusiasmo, queremos manifestar una vez más el deseo y el compromiso de escucharlo atentamente, servirlo dócilmente y acompañarlo fielmente”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> CARDENAL TARCISIO BERTONE, Le manifestamos nuestro deseo de acompañarlo fielmente, L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 20 de abril de 2007, 7

## ACOMPAÑAR CON COMPRENSIÓN Y CARIÑO

### Nuestros queridos mayores

Vengo sintiendo el deseo, queridos mayores, de ponerme en diálogo con vosotros para dar gracias a Dios por los dones y oportunidades que Él nos ha concedido en abundancia, consciente de que vosotros miráis las cosas de la vida, de forma sabia y prudente<sup>2</sup>. Mi pensamiento y mi palabra se dirigen con afecto a todos, queridos mayores, laicos, religiosos y sacerdotes. También a quienes se mueven en vuestro entorno, y a los más pequeños, tan atentos siempre a vuestra mirada, a vuestra palabra y a vuestro silencio. Siempre he querido a los mayores y me siento siempre deudor a ellos. De ellos aprendemos todos la ciencia de la vida, la “gramática” de nuestra existencia.

Intento que esta reflexión nos ayude a comprender más y mejor la misión que las personas ancianas estáis llamadas a realizar en la sociedad y en la Iglesia. Y trata de disponer, de este modo, nuestro espíritu a la afectuosa acogida de nuestros queridos mayores<sup>3</sup>. Deseo igualmente que la atención a las personas ancianas, sobre todo cuando se encuentran en momentos difíciles, esté en el centro de interés de todos los fieles, especialmente de las comunidades eclesiales de nuestra Diócesis. El anciano necesita ser comprendido y ayudado a vivir sus grandes posibilidades. Expreso a la vez mi estima por cuantos trabajan con denuedo por hacer realidad este evangelio de la ancianidad. Y exhorto a todos, amadísimos hermanos y hermanas, a ofrecer vuestra generosa contribución personal de modos y maneras diversos. Esta ayuda permitirá a muchos mayores no sentirse un peso para la comunidad ni para sus propias familias, y evitará que ellos vivan en situación de soledad deteriorante. “Meditemos, pues, cuán importante es que cada comunidad acompañe con comprensión y con cariño a aquellos hermanos y hermanas que envejecen”<sup>4</sup>.

Sé que desde distintas instancias se han ofrecido ya valiosas pautas de reflexión sobre vuestra edad, sobre vuestra vida. Pero el hombre, a pesar de acumular muchas investigaciones psicológicas y sociales sobre su propia ancianidad, es siempre un desconocido. Pocas resoluciones se adentran en su mundo interior sapiencialmente. Con la presente reflexión quiero expresaros, repito, “mi cercanía espiritual”<sup>5</sup> de pastor. No es mi

---

<sup>2</sup> Cf. MARCO TULLIO CICERÓN, De senectute I, 2.

<sup>3</sup> Cf. JUAN PABLO II, Mensaje para la Cuaresma de 2005, 1.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, l. c., 4.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 1.

objetivo proponeros una teoría, ni trato de descubrir nada nuevo que no se conozca. Intento compartir un ejercicio meditativo, articulado interdisciplinariamente, a propósito de esta etapa vital, la que nos introduce normalmente en la vida definitiva, dichosa y feliz. Salmo 89. Meditación sapiencial

Os hago esta invitación a reflexionar juntos sobre el arte de vivir la etapa dorada de la vida, comentando el salmo 89, que es un salmo de meditación sapiencial, radical y responsable sobre la vida humana. Prefiero un salmo porque, como dice san Ambrosio, “aunque es verdad que toda la sagrada Escritura está impregnada de la gracia divina, el libro de los salmos posee, con todo, una especial dulzura (...) La historia instruye, la ley enseña, la profecía anuncia, la reprensión corrige, la enseñanza moral aconseja; pero el libro de los salmos es como un compendio de todo ello y una medicina espiritual para todos. El que lo lee halla en él un remedio específico para curar las heridas de sus propias pasiones. El que sepa leer en él encontrará allí, como en un gimnasio público de las almas y como en un estadio de las virtudes, toda la variedad posible de competiciones, de manera que podrá elegir la que crea más adecuada para sí, con miras a alcanzar el premio final”<sup>6</sup>.

El salmo 89 en concreto nos anima a encajar la brevedad de la vida en la eternidad de Dios, pues lo que el salmista sabe que nunca será tarde para que Dios realice su plan de salvación sobre él. Este modo de comprender y explicar la vida brota de una plegaria ardiente, de una actitud orante: “Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato”. La plegaria brota, pues, de una sabia meditación ante Dios sobre el problema del tiempo del hombre. El orante pide que le enseñe a meditar sobre los años de la vida para obtener la sensatez del corazón, ya que puede sucedernos como a Jacob: “Entonces Jacob se despertó del sueño y dijo: ciertamente el Señor está en este lugar y yo ni lo sabía” (Gn 28, 16). Esta seriedad reflexiva del hombre de la Biblia sobre la pequeñez de la vida se adentra sensatamente, con bellísimas metáforas, en el misterio del hombre y se desenvuelve en la presencia envolvente de Dios.

### ***Maestros de sensatez***

Quiere la iglesia, nuestra Madre, que se promueva una mayor comprensión y mejoramiento de la tercera edad, profundizando en la misión y el papel imprescindible de los mayores. Las personas mayores, los ancianos, han de ser considerados como un tesoro de la sociedad. Son ellos los custodios de la memoria colectiva, tienen la perspectiva del pasado y del futuro en un presente que puede estar ya lleno de eternidad y serenidad. No viven los mayores sólo a la espera pasiva de un evento destructor, sino en aproximación promisoriosa de la plena madurez de una vida que nunca termina. Ellos pueden poner a disposición de todas las

---

<sup>6</sup> SAN AMBROSIO, Comentario sobre los salmos, Salmo 1, 4. 7-8: CSEL 64, 4-7.

generaciones el tesoro de su tiempo, capacidad y experiencias, mostrando así los auténticos valores frente a las meras apariencias. Y, aunque corren el peligro de sentirse inútiles en ambientes que exaltan la productividad, su presencia debe mostrar que el valor económico no es el único ni el más importante.

“Se ha de valorar al ser humano, pedía recientemente el Cardenal Bertone, en nombre del Papa Benedicto XVI, por encima de los valores ficticios que la sociedad moderna impone cada vez más: la eficacia, la productividad, la economía”<sup>7</sup>. La vida es en sí misma el máximo valor en cualquiera de sus etapas, y la ancianidad el supremo regalo. La serenidad del anciano otorga al mundo vida y salud, concebida ésta como armonía física, mental, social y espiritual.

Los mayores pueden aportar a la vida esta sensatez de corazón. La sensatez del corazón es la madurez de la persona y es madre de toda decisión y quehacer humanos. La vida tiene su gramática que hay que adquirir. Por ella y con ella, distinguimos lo sustantivo de lo adjetivo y aprendemos a conjugar los verbos de la vida. Es necesario, por tanto, ese corazón sensato para hombres y mujeres en pareja y en familia, pero también en política y en docencia, en la guía de sí mismo y de los demás, en la parroquia y en el ministerio sacerdotal. La sensatez es imprescindible para quien quiere alcanzar la calidad de persona y para quien es guía humano y espiritual de los hijos, de los educandos, de los fieles. Es de tal envergadura para una realización personal que muchas inteligencias y muchos saberes se malogran por su falta.

### **Tiempo para lo esencial**

La vejez, escribía el Obispo de Hipona en una carta a Ceciliano, es “enfermedad común del género humano”<sup>8</sup>. Se detectan en esta etapa de la vida síntomas de cansancio, de vacilación, de decadencia... y se presume cercana la muerte.

“El anciano -hemos escrito- es la decrepitud, la impotencia, en ocasiones el fracaso. Es la visión triste de la vida que se nos va. Es el crepúsculo, la agonía, la debilidad, la insignificancia y a veces el estorbo. “Ahí están los ancianos -señalaba D. Marcelo González, Arzobispo de Barcelona en una instrucción pastoral-, en nuestras calles y plaza algunos, en nuestros hogares otros, en nuestros asilos también. Y muchos, aunque están entre nosotros, no están con nosotros. O mejor, no estamos nosotros con ellos, porque viven desatendidos y sucumbiendo día tras día bajo el peso de una doble soledad: la de sus años y la de nuestro olvido.

---

<sup>7</sup> CARDENAL TARSICIO BERTONE, Intervención, Congreso Internacional sobre comunicación y relación con la Medicina, 16,2,2007

<sup>8</sup> Carta 151, 13

Son los ancianos, no los ancianitos; son el silencioso ejército de los que vencieron en tantas batallas de la vida para brindárnosla mejor a los que aún no somos viejos, y que ahora aparecen ya vencidos por el enemigo implacable, el tiempo. ¡Cuidado! En el interior de su conciencia, todavía lúcida, ellos no se sienten derrotados, porque son hombres, es decir, seres humanos a los que les queda algo tan grande como es la *dignidad*. Podrían sentirse *abandonados*, lo cual es distinto, y de esto precisamente se trata: de que hagamos lo posibles para que este abandono ya no se dé más...

¿Podemos permanecer tranquilos ante esta muchedumbre de pobres en el más estricto sentido de la palabra? Estos sí que son pobres y no tienen ni siquiera voz para gritarlo”<sup>9</sup>.

Veamos, por tanto, en ellos nobleza, vida culminada, fuente de enseñanzas, objeto de veneración y amor. Veamos en ellos seres de nuestro más digno y depurado aprecio, a los que hemos de acudir para comprender, consolar y admirar. Vayamos a nuestros ancianos como a personas sacralizadas por la vida<sup>10</sup>.

Sin embargo, la tercera edad no es sólo un eufemismo. Es una constatación: el Señor Jesús llega. Para muchos llega antes. A otros les deja caminar a esta situación de bodas: “bodas de oro”, “bodas de diamante”... En esas bodas, la Virgen Madre tiene un quehacer, como en Caná: prepararnos para la acción salvadora de Jesús, que cambiará el agua de nuestras tinajas en vino regalado.

Dicen que la ancianidad no es hora de aprender, sino de saber. Es posible que sea más la de saborear<sup>11</sup>. De ahí esta constatación fundada, con la que sintonizamos plenamente -con ella y con su autor-:

“Al atardecer de la vida  
es el momento de la paz  
del gozo de seguir viviendo,  
del disfrutar de lo importante.

Ahora es el momento  
de dedicarnos  
a lo verdaderamente esencial  
a lo que nunca termina,  
para que, cuando cae la tarde,  
podamos descansar en la ternura  
de tu Corazón abierto  
y ser examinados en el amor”<sup>12</sup>

<sup>9</sup> M. GONZÁLEZ, Barcelona atiende a tus ancianos. Comunicación pastoral. BOA de Barcelona, junio 1975, 326-328.

<sup>10</sup> R. PALMERO, J.S. REINOSO, Nuevos “Pobres” en Zamora: Los ancianos. BOA de Zamora, abril 1972, 95-99.

<sup>11</sup> Cf. L. MARTÍNEZ GUERRA, “Señora de la tarde”. La Virgen de la tercera edad. CLAUNE, Madrid, 1990, p. 5

Muy recientemente, en la última Pascua de Resurrección, otro sacerdote amigo -el tiempo pasa velozmente y en su paso vamos dejando algunos amigos en el surco a la vez que conocemos otros- invitaba a aprender a envejecer. Y pensaba para ello abiertamente en “los que esperan la Pascua del Resucitado, y en los que no tienen el don de creer en ella”. Estas son sus sentidas reflexiones:

“Envejecer es adquirir solera como los vinos elegidos; es madurar como la manzana en el árbol; es dejarse tostar y endulzar, como la uva en la cepa. Envejecer es acompañar al sol del otoño, cuando desciende lentamente y busca acomodo entre las montañas...

Envejecer es acoger, tranquilos, las sombras que vienen; pero que únicamente invitan al descanso y a la espera, nunca al miedo y a la angustia. Envejecer no es una desgracia; es irse desprendiendo lentamente de toda carga inútil; es aprender a vivir con poco; es arrojar por la borda aquello que estorba para el último viaje.

Envejecer es sumergirse en lo esencial; es quedarse con el imprescindible atuendo. Envejecer es volver a vivir en el recuerdo lo ya vivido; es mostrar con una sonrisa las cicatrices del pasado; es dar gracias por haber llegado. Envejecer es dar la bienvenida a la arruga, al pelo blanco, a la medicina de cada día; es sonreír al bastón que te ayuda a caminar; es atemperar el ruido de la juventud.

Envejecer es volver a disfrutar con un libro ya leído; es retomar un cuaderno amarillo de notas; es volver a saludar los cuatro o cinco libros que merecen la pena.

Envejecer es reconciliarse con todo: con el cuerpo que duele, con el alma insatisfecha, con los parientes gruñones. Envejecer es irse despidiendo, sin descomponerse, de este hermoso y terrible mundo, donde dejamos nuestros desmedidos sueños. Envejecer es gritar menos, suavizar los modales, detener la prisa...

Se aprende a envejecer, a la luz de la Pascua. Como se aprende a ejercer de carpintero o de abogado. Como se aprende a ser padre, madre y hasta abuelo, que también es un oficio: oficio de amor. Envejecer es toda una escuela. Una escuela pintada de adornos dorados. Como la jubilación jubilosa de los jubilados.

Envejecer es dar gracias por haber llegado. Y por estar más cerca del definitivo y alegre banquete de la Pascua del Resucitado. ¡Aleluya! ¡La noche no es el fin; preanuncia el día!”<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> F. CERRO CHAVES, Saber vivir envejeciendo, Monte Carmelo, Burgos 2006, p. 7.

<sup>13</sup> E. DE LA HERA BUEDO, Iglesia en Palencia, 1-15 abril, 2007, p. 8.

### ***Una sociedad inclusiva. Equidad y armonía intergeneracionales***

Con estadísticas en la mano, existen hoy más de 600 millones de personas que tienen más de 60 años. Según las previsiones, en el 2050 serán 2000 millones. Se estima que en el 2030, el 71% de esta población vivirá en los países en vías de desarrollo, y del 12% al 16% vivirán en los países más ricos. Ante la marginación del anciano en la sociedad actual y las perspectivas del futuro, se impone la necesidad de crear una sociedad inclusiva, de todas las edades. Una sociedad que tenga como base la equidad intergeneracional, en la que se dé cabida al anciano, especialmente a la mujer anciana y a los más pobres y desprotegidos. La pobreza y sus problemas se agravan en la ancianidad, especialmente en situaciones de existencia precaria. Aunque lo mejor es envejecer siempre en familia, constato como pastor, que crece el número de ancianos desamparados; de ahí que nuestra Iglesia diocesana, hoy como antes, quiera promover la conciencia de la familia al tiempo que trata de ayudarles también en el plano asistencial, a pesar de dificultades crecientes, por escasez tanto de personal como de recursos.

Ya en su tiempo invitaba Cicerón, con manifiestos límites interpretativos, a eliminar los tópicos sobre la vejez<sup>14</sup>. La reflexión actual<sup>15</sup> considera positivas las relaciones entre las distintas edades para su mutuo crecimiento personal. Debemos, pues, fomentar una sociedad, una Iglesia y una Diócesis multigeneracionales para todas las edades. Conscientes siempre de que nuestros mayores y ancianos han de ser considerados como nuestra mejor riqueza humana. Procuremos, para ello, condiciones reales e imprescindibles en las que ellos puedan de hecho dar su rica aportación a la sociedad y a nuestra Iglesia diocesana. “¡Qué importante es descubrir este recíproco enriquecimiento entre las distintas generaciones!... ¿Qué sucedería si el Pueblo de Dios cediera a una cierta mentalidad actual que considera casi inútiles a estos hermanos nuestros, cuando merman sus capacidades por los achaques de la edad o de la enfermedad? Serán muy diferentes nuestras comunidades si, a partir de la familia, tratamos de mantenernos siempre en actitud abierta y acogedora hacia ellos!”<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> Cf. De senectute, III, 7; LOLES DÍAZ ALEDO, *Envejecer es vivir*, Editorial Popular, Madrid 1993, pp. 30-37.

<sup>15</sup> Cf. SERGIO SPINI, *Note di psicologia degli anziani*, Edizioni Camilliane, Torino 2006, pp. 69-89.

<sup>16</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje para la Cuaresma 2005*, 3.

**Salmo 89. Señor, tú has sido nuestro refugio**

Señor, tú has sido nuestro refugio  
de generación en generación.

Antes de que nacieran los montes,  
o fuera engendrado el orbe de la tierra,  
desde siempre y para siempre tú eres Dios.

Tú reduces el hombre a polvo,  
diciendo: "Retornad, hijos de Adán."  
Mil años en tu presencia  
son un ayer que pasó;  
una vela nocturna.

Los siembras año por año,  
como la hierba que se renueva:  
que florece y se renueva por la mañana,  
y por la tarde la siegan y se seca.

¡Cómo nos ha consumido tu cólera  
y nos ha trastornado tu indignación!  
Pusiste nuestras culpas ante ti,  
nuestros secretos ante la luz de tu mirada:  
y todos nuestros días pasaron bajo tu cólera,  
y nuestros años se acabaron como un suspiro.

Aunque uno viva setenta años,  
y el más robusto hasta ochenta,  
la mayor parte son fatiga inútil,  
porque pasan aprisa y vuelan.

¿Quién conoce la vehemencia de tu ira,  
quién ha sentido el peso de tu cólera?  
Enséñanos a calcular nuestros años,  
para que adquiramos un corazón sensato.

Vuélvete, Señor, ¿hasta cuando?  
Ten compasión de tus siervos;  
por la mañana sáccianos de tu misericordia,  
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.

Danos alegría, por los días en que nos afligiste,  
 por los años en que sufrimos desdichas.  
 Que tus siervos vean tu acción,  
 y sus hijos tu gloria.

Baje a nosotros la bondad del Señor  
 y haga prósperas las obras de nuestras manos.

## 1. “ENSÉÑANOS A CALCULAR NUESTROS AÑOS” (SALMO 89, 12)

### *Enséñanos a calcular*

Hay una catequesis magnífica de nuestro recordado y querido Papa Juan Pablo II sobre este salmo 89 que tengo a la vista<sup>17</sup>. El salmista contempla lo efímero que es el tiempo del hombre con frases como “una vela nocturna”, “un ayer que pasó” y que “reduce el hombre a polvo”. El hombre de la Biblia sabe que la vida humana es corta, limitada, y que tiene la fragilidad de la hierba que se seca pronto; por ello, ante la eternidad de Dios, pide al Señor que nos enseñe a contar nuestros días, para que, aceptándolos con sano realismo, “entre la sabiduría en nuestro corazón”.

Pero el salmista solicita algo más a Dios: que su gracia sostenga y alegre nuestros días, frágiles y marcados por la prueba; que dé consistencia y perennidad a nosotros y a nuestras obras, principalmente a nuestro ser; que nos haga gustar el sabor y la sabiduría de la esperanza. En definitiva, el hombre pide a Dios, con su oración, que el reflejo de su eternidad penetre en nuestra breve vida, convirtiendo el devenir de nuestros días y nuestros años, es decir, nuestra miseria temporal, en gloria, estando Él presente en nuestras almas. De esta forma, lo que parece no tener sentido, adquirirá significado: “toda nuestra vida sea alegría y júbilo”.

### *Meditar nuestro tiempo*

“El hombre está sumido en el tiempo: en él nace, vive y muere”<sup>18</sup>. Es natural y espontáneo recorrer de nuevo el pasado en la ancianidad para hacer una especie de balance o inventario de las situaciones vividas a lo largo del camino<sup>19</sup>. Este “calcular nuestros años” pone de manifiesto que en el salmista, y en esta edad, predomina la reflexión referida al tiempo en su curso inexorable, en su fragilidad, brevedad y ficción; los años “pasan aprisa y vuelan”, y “la mayor parte -según la expresión del propio salmista- son fatiga inútil, aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta”. Verdaderamente los años pasan aprisa, aunque la vida se alargue en nuestro momento notablemente.

<sup>17</sup> JUAN Pablo II, Catequesis 26 de marzo de 2003.

<sup>18</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 2.

<sup>19</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 2.

Me agrada el realismo espiritual que el Espíritu ha suscitado en el autor de nuestro salmo, pues le ayuda a colocarse en un presente que abarca el ayer y el mañana y que, abrazando el ayer y el mañana, trasciende todos los momentos. El Espíritu le ha hecho partícipe del eterno presente de Dios. Ello es posible porque el creyente ha sintonizado con la corriente perenne del “por siempre Tú eres Dios”. El texto evidencia que el salmista, envuelto en el misterio del Espíritu, mira hacia atrás y hacia delante, pero no se queda ni con el pasado ni con el futuro, sino en el hoy, en el presente, que es el tiempo de Dios, lleno siempre de posibilidades, carente de inquietas nostalgias y de engañosos espejismos.

Este es el realismo espiritual<sup>20</sup>: vivir en espíritu y en verdad la gracia del presente, ya que Dios es también Señor del tiempo<sup>21</sup>. Desde el principio, el autor sabe que Dios es más que el tiempo, porque Él permanece más allá de las coordenadas del tiempo y del espacio. Sin embargo, el salmo no resalta la inalterabilidad e inmutabilidad de Dios; afirma que Dios no cambia sus planes sobre nosotros; permanece fiel. El hombre sabe que tiene que contar con Dios para poder vivir la vida, a lo que el salmista responde no sólo intelectualmente, sino por el cauce de una ardiente plegaria. Eran aquellos tiempos difíciles como los nuestros... “Tiempos recios”, en lenguaje teresiano.

### ***Fases y conjunto de la vida***

Cuando el salmista pide a Dios que le enseñe a “calcular sus años para adquirir un corazón sensato”, supone que el meditar su vida, sus años, le dará la sensatez de verla en sus fases, sus épocas o sus ciclos peculiares con densidad propia, pero también como conjunto unitario. La plegaria del salmista conducirá su reflexión y le llevará a comprender el momento presente en que vive. Cada fase de la vida de una persona tiene carácter propio, porque está constituida por valores, tareas y deberes peculiares a realizar, que la distinguen con nitidez del resto de fases vitales. Recordemos que el Papa Juan Pablo II nos invitaba a encontrar en cada ciclo de nuestra vida un cometido diverso que realizar, un modo específico de ser, de servir y de amar<sup>22</sup>. Se define de este modo cada edad, por el modo de comprender, percibir y vivir la vida, el mundo y el misterio de Cristo; ahí es donde están las comprensibles diferencias intergeneracionales.

Se pone de manifiesto, sin embargo, en este salmo que el propio salmista no sólo quiere comprender su edad, su momento y su fase de la vida, sino que trata de dar unidad comprensiva a todas sus edades, sus momentos y sus fases. Admite implícitamente, además, al mirar o al calcular sus años, que cada fase, teniendo sentido propio o misión propia en su

<sup>20</sup> Cf. VICTOR SIÓN, Realismo espiritual. Vivir a Dios en espíritu y en verdad, Narcea, Madrid 1992, pp. 9-42.

<sup>21</sup> Cf. SAN EFRÉN, Comentario sobre el Diatésaron, 18, 15-17: SC 121, 325-328.

<sup>22</sup> Cf. VC 70.

personalización, y no pudiendo ser sustituida por ninguna otra época de la vida, está inserta en el conjunto de su proceso humano, del camino de ser hombre; existe para el conjunto y adquiere su valor cuando se desarrolla con referencia a él. Se entiende que el conjunto de la vida de cada hombre y de cada mujer no es la simple reunión de todas las fases, sino que el conjunto o proyecto de ser persona está siempre presente, sustentando y guiando todas las fases y haciendo que cada una pueda ser ella misma. El arco vital, el proyecto de ser hombre, el conjunto del desarrollo de humano, explica y guía cada fase de la trayectoria humana.

He señalado antes que las comprensibles diferencias entre las generaciones de los seres humanos vienen, en principio, salvo peculiaridades de cada persona, de la distinta perspectiva desde la cual se comprende qué es la vida, qué es la persona, y, en el fondo, qué es una vida feliz y buena para el hombre. Hay que reconocer, sin embargo, y nuestra experiencia lo corrobora, que las tareas básicas de la personalidad humana y las preguntas esenciales del hombre y de la mujer se repiten en cada fase de su vida, con nueva altura comprensiva y con diversa intensidad en distintos períodos de la misma vida.

### ***Acontecimientos y quehaceres en sucesión***

El salmista conoce y habla de sí mismo, pero sabe de sí mismo en la realidad histórica que le ha correspondido; por ello, su “calcular los años” no es un quehacer desvinculado de los acontecimientos de su vida. Años vividos e historia personal son una realidad única. La vida nos reta al crecimiento humano y espiritual con sus desafíos. La vida, el crecimiento humano y sus contenidos no vienen preestablecidos de una vez por todas, sino que están insertos en su despliegue en el tiempo. La persona, una vez nacida en este mundo, tiene que ir haciéndose, recreándose, bajo la dirección del Espíritu Santo, en relación con la realidad propia y ajena, a través de los acontecimientos y con sus propios procesos biológicos, psíquicos, sociales y espirituales. Es la persona que va organizando su personalidad desde las opciones, decisiones, determinaciones, tomadas desde los valores madurantes, propios de la condición de ser humano. Hay un despliegue y una realización personal con la incorporación de los acontecimientos propios, ajenos, eclesiales, seculares; pero no es una incorporación pasiva de los acontecimientos, sino activa y espiritual desde los valores propios de ser persona; para nosotros los cristianos desde los sentimientos de Cristo (cf. Flp 2, 5).

Ser persona en todas sus fases es un quehacer en tensión para el salmista cuando mira “su fatiga inútil”, pero este quehacer de ser hombre en cada momento de la vida no está partiendo de cero y sin referencia alguna, sino que hay siempre una guía de ese quehacer, de ese ser persona. Para nosotros, discípulos del Maestro, consiste en mirar a Cristo,

tratando de ser su imagen viva: "Búscate en mí, búscame en ti"<sup>23</sup>. Tal es el dinamismo de nuestra progresiva personalización.

### ***Momentos lentos, momentos continuos y momentos concentrados de la vida***

Evidentemente, la pregunta y la petición del salmista sólo se hacen a determinada edad y en un momento concreto de la vida. Las preguntas de la gramática de la vida desgraciadamente no siempre se formulan, quedando la vida para el hombre como "fatiga inútil". Sin embargo, hay momentos más apropiados y requeridos para los grandes interrogantes de la ciencia de la vida, para las realidades últimas, para la pregunta última de nuestra existencia temporal. Nuestra vida está hecha ciertamente de períodos vitales lentos y sosegados, de crecimiento y de maduración; pero no menos está hecha de momentos concentrados, densos, incluso de momentos que nos violentan, que nos obligan a cada hombre y a cada mujer a desentrañar del don recibido sentidos, significados y recursos para enfrentarnos con libertad interior a hechos inesperados. En nuestro camino de maduración humana y espiritual, hay sosiego, continuidad, pero también hay rupturas, choques violentos, condensaciones del crecimiento. Por ello, la peregrinación por la vida no es puro tiempo; lo que sucede en el tiempo, es decir, la determinación y decisión con que se vive lo que acontece en el tiempo, es la clave íntima de nuestro tiempo. De ahí que ser persona sea un reto continuo.

### ***Edad espiritual***

El crecimiento humano es unitario, pero no siempre es uniforme en cada aspecto o dimensión de la persona. Así, la edad cronológica puede no coincidir en su maduración con la edad espiritual. Es decir, un adulto puede ser un niño o un adolescente espiritualmente. La Sagrada Escritura ha puesto de manifiesto estas edades del espíritu del hombre: "No pude hablaros como a hombres de espíritu, sino como a gente débil, como a cristianos todavía en la infancia. Por eso os alimenté con leche, no con comida, porque no estabais para más. Por supuesto, tampoco ahora, que seguís los bajos instintos. Mientras haya entre vosotros envidias y contiendas, es que os guían los bajos instintos y que procedéis como gente cualquiera" (I Cor 3, 1-3).

San Pablo asegura que la diferente respuesta personal del discípulo al mensaje cristiano pondría de manifiesto la edad espiritual del discípulo; "maduros" son los que no se dejan guiar por las envidias, inflexibilidades, impaciencias, irritaciones, deseos de sobresalir, ansias de polémica; a los que se dejan llevar por estas conductas los llama niños espirituales: "no

---

<sup>23</sup> Cf. SANTA TERESA DE AVILA, Poema 8 y Vejamen: Obras Completas, Monte Carmelo, Burgos 1994, pp. 1334-1335, 1362-1367.

seamos niños sacudidos por las olas y llevados al retortero por todo viento de doctrina” (Ef 4, 14; I Cor 13, 11-12)<sup>24</sup>. Partiendo de la Biblia y de la experiencia espiritual, los Santos Padres intentaron señalar las fases del crecimiento en Cristo, según los grados de caridad que moraban en el discípulo<sup>25</sup>. Los propios apóstoles habían pasado por un proceso de continua conversión, fue la suya una conversión desplegada en distintas conversiones a modo de edades espirituales.

### ***Lectura sapiencial de la propia vida***

El salmista quiere mirar sus años para adquirir un corazón sensato, para que la obra iniciada, la vida, llegue a buen puerto y no se pierda el fruto conseguido por una ancianidad malograda<sup>26</sup>. Procura para alcanzar este objetivo una lectura de su vida no sólo psicológica, sino altamente espiritual, ya que la sensatez del corazón está más allá de la simple enumeración acumulativa de los años con sus relatos. En otro lugar, el salmista lee su vida no sólo recomponiéndola en sus acontecimientos, sino tratando de encontrar un significado central y una hebra divina que explica el entramado misterioso de sus años: “porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. En el seno materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías, siempre he confiado en ti (...) ahora, en la vejez y las canas, no me abandones, Dios mío” (Salmo 70).

Esta lectura de la propia vida supone un corazón sensato capaz de seguir un método sabio de ver la vida. Este método de lectura de la existencia lo utilizó Jesús con los discípulos frecuentemente y con sabia pedagogía; por eso, el salmista dice “enséñame” a buscar y encontrar en mi vida las actuaciones y las huellas del paso de Dios y, por tanto, también, su voz que me llama. He dicho que hay que hacer una cosa sin dejar de hacer la otra, es decir, hay que hacer la lectura psicológica dentro de la lectura espiritual y la lectura espiritual dentro de la psicológica; se reconoce así en las etapas de la vida la presencia luminosa y misteriosa de Dios y de su Palabra junto a todo lo anímico, sin rechazar suceso alguno, ni siquiera los más dolorosos y difíciles de entender. En una palabra, se trata de coordinar en la lectura de la vida la Palabra y la historia, la referencia a la Palabra y el vivir subjetivo, lo deductivo y lo inductivo, lo bíblico y lo histórico<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Cf. SAN HILARIO, Salmo 132: PLS 1, 244-245; SAN GREGORIO DE NISA, Homilías sobre el Cantar de los cantares, Homilía 15: PG 44, 1115-1118.

<sup>25</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, Ciudad de Dios 14, 28; Carta 187: PL 33, 832-848; 34, 143-144; 35, 2014; 39, 1654; 44, 289.

<sup>26</sup> Cf. Flp 1, 4-11; SAN CIPRIANO, Sobre los bienes de la paciencia, 13 y 15: CSEL 3, 406-408.

<sup>27</sup> Cf. OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIAÍSTICAS, Nuevas vocaciones para una nueva Europa, Roma 6 de enero de 1998, n. 35.

### ***Fatiga inútil, la mayor parte de nuestros esfuerzos***

El salmista se mueve en un torbellino de contrastes y de impresiones sobre su vida, y ésta es con frecuencia la experiencia de los ancianos: “palmo de vida”, “un soplo”, “como pura sombra”, “un ayer que pasó”, “fatiga inútil”. La vida es breve para nuestro autor y el tiempo pasa veloz y subjetivamente acelerado<sup>28</sup> para todos los humanos; nuestros días están contados. Pero el hombre de la Biblia no aterriza en un pesimismo fatalista, aunque conoce muy bien la fragilidad efímera de las flores humanas. No se ha instalado en el absurdo, que es una salida soberbia por no aceptar la finitud, lo limitado en su verdad, sino que la plegaria meditativa le ha conducido, y nos conduce a todos, a la sabiduría del corazón. Él ha pedido al propio Dios que le haga caer en la cuenta de la brevedad de la vida, pero lleno de sabiduría para que su vida verdee junto a la acequia de Dios, sin marchitarse sus hojas (cf. Salmo 1; Jr 17, 8). Así debe ser la vida de cada hombre y de cada mujer en cualquier edad, como la hierba junto a Dios que es tierna, verde, fresca y brillante, porque todo tiene su momento (Ecl 3,1). Y todo lo hizo hermoso a su tiempo e hizo reflexionar al hombre sobre la eternidad (Ecl 3,11). Dame, Señor, la sabiduría de vivir en cada instante la plenitud de la vida, de mi vida. Somos “fatigados navegantes”, mas “no te inquieten las violentas tempestades de este mundo, sentencia San Ambrosio.”<sup>29</sup>.

### ***De la fatiga inútil a sentirse útil***

Sentirse solo y sentirse inútil están muy unidos en la experiencia del anciano, al calcular los años. Sentirse viejo es sentirse inútil porque no se conoce suficientemente la misión de la ancianidad. Sentirse útil no sólo se resuelve comprobando lo que se hace en favor de los otros, sino descubriendo la propia autorrealización en la edad avanzada, descubriendo el papel de esta etapa de la vida respecto a sí mismo. Es decir, que la sensación de inutilidad no queda reductivamente resuelta con la sola insistencia de realizar cosas para no sentirse inútil. Se trata de aprovechar el tiempo disponible para adentrarse en las cosas esenciales y empeñarse en el propio enriquecimiento espiritual<sup>30</sup> continuo de sí mismo, también en la edad de la ancianidad.

La vida no se agota, para su plenitud, en el trabajo, aunque sea muy necesario como tarea terapéutica. Al principio, era la vida, el ser y la palabra; no siempre es necesaria e imprescindible la acción como pura pragmatidad. Pensar, contemplar, ser, no deben considerarse temas

---

<sup>28</sup> Cf. DOUWE DRAAISMA, Por qué el tiempo vuela cuando nos hacemos mayores, Alianza Editorial, Madrid 2006, pp. 237-263.

<sup>29</sup> SAN AMBROSIO, Carta 2, 1-2. 4-5. 7: PL 847-881.

<sup>30</sup> Cf. SERGIO SPINI, Note di psicología degli anziani, Edizioni Camilliane, Torino 2006, pp. 31-44.

menores a favor de un nuevo hacer proyectado por la sociedad de la acción descorazonada. El anciano nunca ha de ser espectador ansioso de este mundo, sino contemplador fecundo del mismo. Ni debe ser tentado por la oferta bienintencionada de las compañías comerciales, que invitan a consumir puro ocio sin pensamiento ni vida interior ni crecimiento en cuanto persona.

## **2. “PARA QUE ADQUIRAMOS UN CORAZÓN SENSATO” (SALMO 89, 12)**

### ***“Adquirir” es aprender a ser y a crecer***

El salmista comienza pidiendo el olfato vital para saber andar por lo verdaderamente válido de la vida. El mirar el tiempo y los años acertadamente nos ayuda a alcanzar una felicidad no pasajera, sino estable, a pesar del tiempo que corre velozmente. Es la hora de crecer por dentro<sup>31</sup>, la hora de ser por derecho propio: “Todo nos lleva a pensar que la vejez es la etapa decisiva del desarrollo humano”<sup>32</sup>. Es reconocer esta hora como hora del mejor crecimiento humano y espiritual. Cicerón nos lo recuerda con los ejemplos de los ancianos Catón, Sócrates, Solón y otros<sup>33</sup>. “Todo ha sido como frágil humo que ha esparcido el viento de los años y del que ya nada queda. Mira las cosas con esa serena quietud del que vive más en el Cielo que en la tierra. Verdaderamente, es feliz el viejo que verdaderamente ama a Dios”, según el beato hermano Rafael<sup>34</sup>.

Para situarse en esta tesitura personal, es preciso favorecer en cada uno de nosotros determinadas disposiciones en la inteligencia, y en toda la persona, para saltar al plano de este saber del corazón. La sabiduría, que no es la simple ciencia ni la pura acumulación sumativa de años, es más bien saborear (cf. I Pe 2, 3; Salmo 33) larga y hondamente la vida, la realidad en sus raíces profundas; por eso, en rigor, ni se enseña ni se aprende, sino que se adquiere por la implicación de lo más personal de cada uno cuando vive y medita la vida, la historia, el tiempo. Estas disposiciones de la vida no son una vuelta a la acción alocada sino a la plenitud interior, a la riqueza interior; no es girarse hacia el ansia de conocer, sino hacia una inteligencia cálida, ensanchada y llena de pureza intelectual, de sensibilidad espiritual, de viveza existencial, de exigencia de objetividad. Es respeto al ser de las cosas, a la verdad de cada cosa, es tratar de vivir la vida real sin autoengaños ni puntos ciegos ni distorsiones mentales de la realidad propia y ajena.

<sup>31</sup> Cf. FRANCISCO CERRO CHAVES, *Saber vivir envejeciendo*, Monte Carmelo, Burgos 2006, p. 21.

<sup>32</sup> JACQUES LECLERCQ, *La alegría de envejecer*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 37.

<sup>33</sup> Cf. *De senectute*, VIII, 26; IX, 27.

<sup>34</sup> BEATO HERMANO RAFAEL ARNÁIZ BARÓN, Carta de 30 de octubre de 1937.

### ***Un corazón sensato***

El autor de nuestro salmo pide a Dios “un corazón sensato”. ¿Qué es un corazón sensato? Consiste en la armonía espiritual, rara vez alcanzada y conseguida, de dos verdades aparentemente contrapuestas y de dos núcleos de la persona separables: sensatez y corazón. El salmista pide una armonía, que es más que una yuxtaposición y una síntesis, entre corazón y sensatez, entre mente y corazón, entre razón y sentimiento, entre campo intelectual y campo afectivo. Es posible alcanzar esta armonía si se vive enraizado en las profundidades de lo real y de lo verdadero, si se anda en verdad sobre sí mismo, sobre la vida, sobre el presente y sobre el futuro, sobre el bien y sobre la razón. En definitiva, si se vive enraizado en las profundidades de Dios, aferrado a esa tierra divina que nutre y sustenta. El corazón sensato tiene una visión objetiva y cálida, a la vez, de su entorno, de las cosas y de la vida. Sabe acertar con lo que vale y distingue sabiamente lo verdadero de lo ficticio; no llama verdad a la apariencia. Ni se expresa con eufemismos.

El hombre de la Biblia pide a Dios un corazón sensato, porque es sabedor de que sólo Dios ayuda al hombre contemplativo, al santo, a resolver las antinomias humanas y espirituales. No tiene sentido para el hombre de Dios alinearse sólo en las ideas, ni sólo en las afectividades, ni sólo en el hacer, ni sólo en el pensar, ni sólo en la razón, ni sólo en el sentimiento. Cuando el salmista recurre a Dios, sabe que acción embriagada sin pensamiento es algo loco y que largo y cargante pensamiento sin acción es paralización de la persona. Nuestro autor busca la nupcialidad de mente y corazón para lograr vivir la vida en unidad. Busca tener una sensatez con corazón y un corazón con sensatez, evitando así una razón muy razonadora, pero poco razonable y una afectividad muy afectiva, pero nada sensata.

Logra esta gran armonía el “ordo amoris”<sup>35</sup>, la ordenación del amor. El amor verdadero ordena y es ordenado, unifica e integra; pone sensatez en el corazón y también en la misma razón. A partir de ahí, cada acción será armónica, cada decisión reflejará a Dios, que conduce a cada persona “suaviter et firmiter”<sup>36</sup>, con suavidad y con firmeza. No con suavidad sola ni con firmeza sola, sino con una suavidad firme y una firmeza suave. Así el hombre y la mujer maduros pasan con soltura, con encanto y sin ruptura, como una prolongación de su ser, de la contemplación a la acción y de la acción a la contemplación. Esta armonía del corazón sensato se plasma en todos los campos. Y llega a ser, para los demás, una fuente de vigor y de energía, llena de equilibrio, de lucidez y de sensatez. He ahí por qué estos hermanos, viviendo con frecuencia ocultos, ejercen una influencia tan profunda en los demás<sup>37</sup>. Gran petición la de nuestro salmista: un corazón sensato.

<sup>35</sup> SAN AGUSTÍN, De Civ. Dei I, 15, 22.

<sup>36</sup> Cf. Sab 8,1; Vaticano I DH, 3003.

<sup>37</sup> Cf. ROBERT DE LANGEAC, La vida oculta en Dios, Rialp, Madrid 1955, pp. 193-209.

### ***La edad de la sabiduría***

Buscando ese “modo de ser, de servir y de amar”<sup>38</sup>, es decir, buscando saber cuál es el rol de la vida en la ancianidad, muchos estudiosos coinciden en definirla como edad de la sabiduría. Erikson afirma que la ancianidad tiene como cometido adquirir la sabiduría, el amor postnarcisista, el ordenamiento del mundo y el sentido de lo espiritual<sup>39</sup>. Con el paso de los años, la persona mayor “puede alcanzar una mayor madurez como inteligencia, como equilibrio y sabiduría”<sup>40</sup>. De esta forma, la ancianidad humana debería llegar a ser la coronación de la existencia humana, la cumbre de la vida<sup>41</sup>, pues debería lograr “la visión recapituladora de la vida, el realismo mayor, la capacidad de relativizar los problemas, la aceptación serena de una existencia entera con sus luces y sombras, la esperanza que no se apaga a pesar de los inconvenientes, el silencio discreto y la paciencia callada, la actitud humilde y agradecida al recibir atenciones y cuidados”<sup>42</sup>.

La identidad personal de cada hombre y de cada mujer, proceso de toda la vida, vuelve a salir a flote con frecuencia, en períodos de transición temporal, y vuelve a plantearse con toda su crudeza; es una llamada última a la libertad<sup>43</sup>. De aquí que en la tercera edad se puede vivir una crisis de identidad<sup>44</sup> manifiesta o latente y lograrse o malograrse en la vejez<sup>45</sup>. Las preguntas sobre sí mismo a la luz de la evolución de la cultura y de la conducta social y familiar vuelven de nuevo a la persona. El paso del tiempo saboreado logra en nosotros la sabiduría. Sin que sea nunca el tiempo por el tiempo: “No son los años los que nos enseñan a desprendernos del mundo”<sup>46</sup>.

El Venerable Papa Juan Pablo II, siguiendo una larga tradición, considera<sup>47</sup> la tercera edad, la edad ascendente y la ancianidad, como “época privilegiada de aquella sabiduría que generalmente es fruto de la experiencia”. Y cita, como argumento, el propio salmo que venimos comentado: “enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos

---

<sup>38</sup> JUAN PABLO II, VC 70.

<sup>39</sup> Cf. E. H. ERIKSON, *El ciclo vital completo*, Paidós, Buenos Aires 1985, p. 77.

<sup>40</sup> JUAN PABLO II, Discurso a los participantes en la XIII Conferencia Internacional sobre la pastoral de los Agentes Sanitarios, 31 de octubre de 1998, n. 5.

<sup>41</sup> Cf. JACQUES LECLERCQ, *La alegría de envejecer*, Sígueme, Salamanca 2005, pp.14-16.

<sup>42</sup> JOSÉ MARÍA URIARTE, *Madurar espiritualmente para toda la vida*, en: COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *La formación espiritual de los sacerdotes según Pastores dabo vobis*, Edice, Madrid 1995, p. 106.

<sup>43</sup> Cf. ALFONS AUER, *Envejer bien. Un estímulo ético-teológico*, Herder, Barcelona 1997, pp. 245-247.

<sup>44</sup> Cf. SERGIO SPINI, *Note di psicología degli anziani*, Edizioni Camilliane, Torino 2006, pp. 57-67.

<sup>45</sup> Cf. LUIS CENCILLO, *Última pregunta*, Sígueme, Salamanca 1981, pp. 271-318.

<sup>46</sup> BEATO HERMANO RAFAEL ARNÁIZ BARÓN, Carta de 30 de octubre de 1937.

<sup>47</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 5.

un corazón sensato” (Salmo 89, 12). Quizá ésta sea una de las ventajas de la ancianidad para no verla sólo como “el otoño de la vida”<sup>48</sup>.

### ***De qué sabiduría hablamos***

Puede pensar alguno que en esta sociedad evolucionada el anciano no es fuente de sabiduría, porque la rapidez de los conocimientos ha trastornado la relación entre quien sabe y quien no sabe, de modo que el anciano puede ser un marginado también en el saber ante los jóvenes, ya que éstos saben lo reciente y tienen más facilidades para el aprendizaje<sup>49</sup>. Es evidente que resulta difícil abordar la sabiduría científicamente, aunque se la reconoce con facilidad cuando se manifiesta. Sugiero la necesidad de abordar la sabiduría con una visión integradora<sup>50</sup>. La verdadera sabiduría manifestada en las personas ancianas maduras representa un nivel superior de saber profundo y equilibrado sobre cuestiones importantes y difíciles relacionadas con la vida, con su significado y con los verdaderos caminos de realización personal; confluyen así en la persona sabia la mente, el carácter, la virtud y el bien. Cicerón llegó a decir que “las armas mejores de la vejez son los conocimientos y la práctica de las virtudes, que cultivadas en cualquier edad, si has tenido una vida larga e intensa, producen admirables frutos”<sup>51</sup>.

Se ha venido entendiendo la sabiduría como conocimiento experto sobre la pragmática fundamental de la vida: saber declarativo y comportamiento sabio. Saber qué es la vida y cómo proceder en ella. Comprender la vida en su conjunto, en sus múltiples interrelaciones, y lograr una armonía en las disposiciones esenciales de la persona para vivir la vida humana, equilibrando las limitaciones y los extremos<sup>52</sup>. Esta sabiduría supone flexibilidad en la mente, en la afectividad, en las relaciones humanas. Sabe sopesar los bienes, amando intensamente los verdaderos. La sabiduría es más que la ciencia: “El hombre no se contenta con ser un objeto de estancia sino que reclama ser sujeto de sentido; y la facticidad por sí misma no es fuente de sentido sino de inquietud, de apelación y de desbordamiento”<sup>53</sup>. La persona verdaderamente sabia sabe distinguir en la vida lo que realmente es bueno a la larga, de lo que no es bueno, en definitiva, porque hay en todo ello apariencias o bienes fingidos. El sabio no se anda por las nubes, sino que sabe vivir la vida, porque posee “la verdadera ciencia de la vida”<sup>54</sup>, “la gramática trascendente y natural, es decir, el conjunto de reglas de actuación individual y de relación entre las

<sup>48</sup> CICERÓN, De senectute, XIX, 70.

<sup>49</sup> Cf. NORBERTO BOBBIO, De senectute y otros escritos biográficos, Taurus, Madrid 1997, p. 27.

<sup>50</sup> Cf. FELICIANO VILLAR, Inteligencia y sabiduría, en: CARME TRIADÓ Y FELICIANO VILLAR (coords.) Psicología de la vejez, Alianza Editorial, Madrid 2006, pp. 159-164.

<sup>51</sup> De senectute, III, 9.

<sup>52</sup> Cf. JACQUES LECLERCQ, La alegría de envejecer, Sígame, Salamanca 2005, p. 65.

<sup>53</sup> OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, El lugar de la teología, Real Academia de las Ciencias Morales y Políticas, Madrid 1986, p. 81.

<sup>54</sup> PABLO VI, Allocución en Nazaret, 5 de enero de 1964.

personas en justicia y solidaridad, inscrita en las conciencias, en las que se refleja el sabio proyecto de Dios”<sup>55</sup>.

### ***La gran misión de los ancianos***

Afirma Cicerón que “no es verosímil que la naturaleza, habiendo escrito bien las otras partes de la vida, haya descuidado el último acto, como si tratara de un poeta sin arte”<sup>56</sup>. Es preciso, pues, redescubrir, en una cultura dominada con frecuencia por el mito de la productividad y de la eficiencia física, el sentido, el valor y la misión de los mayores<sup>57</sup>.

Pero este descubrimiento y reconocimiento necesita también del empeño personal de cada uno<sup>58</sup>. La calidad de la vejez va a depender de que cada hombre y cada mujer tenga suficiente capacidad de apreciar su sentido y su valor, en su realización plena, como persona y como creyente.

La Sagrada Escritura presenta muchos ancianos que han tenido una misión importante que realizar en el plan salvador de Dios: Abraham y su mujer Sara ( cf. Gn 12, 2-3), Moisés, Tobías (cf. Tb 3, 16-17), Eleazar (cf. II Mac 6, 18-31), Isabel y Zacarías (cf. Lc 1, 5-25. 39-79), Simeón y Ana (cf. Lc 2, 29-39), Nicodemo (cf. Jn 3, 1-21), el mismo apóstol Pedro (cf. Jn 21, 18).

Abraham, y Sara, su mujer, son invitados por Dios a soñar un futuro de esperanza.

Moisés se convierte en el modelo de la generosidad con que los mayores conducen a las nuevas generaciones a la búsqueda y conquista de un mundo mejor. Aun a sabiendas de que ellos se quedarán a las puertas de la tierra prometida, acariciándola con una mirada que contempla confiadamente los planes de Dios.

Tobías, como hombre proclama la bondad de Dios y se muestra, llamado por el Señor, a practicar las obras de misericordia.

En Eleazar, la palabra de Dios nos manifiesta la grandeza de una vida vivida coherentemente hasta los días de la ancianidad.

Meditando la historia de Zacarías e Isabel, descubrimos que los tiempos de Dios no siempre coinciden con los de los hombres... En ocasiones, el Señor reserva para los tiempos avanzados los momentos especiales de gracia.

---

<sup>55</sup> BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 2007, 3, 6.

<sup>56</sup> De senectute, II, 5.

<sup>57</sup> Cf. JUAN PABLO II, Discurso a los participantes en la XIII Conferencia Internacional sobre pastoral de Agentes Sanitarios, 31 de octubre de 1998, n. 6.

<sup>58</sup> Cf. JEAN MONBOURQUETTE, A cada cual su misión. Descubrir el proyecto de vida, Sal Terrae, Santander 2000, pp. 28-29, 34-44; PIET van BREEMEN, El arte de envejecer. La ancianidad como tarea espiritual, Sal Terrae, Santander 2004, pp.11-19.

Así lo vivió Simeón, que encontró en el último tramo de sus días el sentido de toda una vida dedicada a buscar al Señor. Así lo vivió Ana, que contemplando al Señor en su ancianidad, se convirtió en una de las más fervientes anunciadoras del Evangelio de la infancia.

Y Pablo, prisionero, fue el garante del respeto debido al joven Timoteo y testigo de la libertad de la palabra de Dios que jamás puede ser encadenada.

Pedro, anciano, presbítero, el más indicado para exhortar a los demás presbíteros a vivir según la vocación recibida.

Por último, sólo la valentía sapiencial de Juan, venerable, fue capaz de abrir, con su larga historia de contemplación, una puerta en el cielo que permite a su comunidad encontrar el sentido salvífico de una historia que parecía abocada al fracaso.

Junto a estos testimonios bíblicos, contamos con otros en la vida de la Iglesia. Recientemente, el Papa Juan Pablo II y la beata Teresa de Calcuta. Nos está permitido, en consecuencia, asegurar que Dios hace de la ancianidad su propio testimonio, para que así se cumpla el pronóstico del salmista: “El justo crecerá como la palmera, se alzarán como cedro del Líbano; (...) en la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso para proclamar que el Señor es justo” (Salmo 91).

La fecundidad en la tercera edad es manifiesta, pues muchas de las grandes obras musicales, artísticas y teatrales han sido realizadas por personas mayores, entradas en la ancianidad<sup>59</sup>.

### ***Riqueza interior, ancianidad y sabiduría***

Cuando la vida se vive humildemente y en profundidad, la persona adquiere unas capacidades y recursos personales siempre nuevos. La sabiduría no es sólo aguda inteligencia, destreza práctica para la vida o habilidad para las relaciones sociales, sino existencia que, invadida por el buen Dios, difunde luz sobre toda la vida<sup>60</sup>. “Enseñamos -dice San Pablo- una sabiduría divina, misteriosa, escondida, que ninguno de los jefes de este mundo conoció, pues, si la hubiesen conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria” (1Cor 2,8). Evidentemente, no basta la edad cronológica ni la edad social; éstas son necesarias, pero no suficientes; tampoco basta tener experiencia, si ésta se entiende sólo como proceso acumulativo de vivencias<sup>61</sup>. Se requiere algo más; es necesario “mantener vivo un proceso general e integral de continua maduración” y “una

<sup>59</sup> Cf. CICERÓN, De senectute, V, 13; VII, 22-23; X, 32; LOLES DÍAZ ALEDO, Envejecer es vivir, Editorial Popular, Madrid 1993, p. 40.

<sup>60</sup> Cf. ROMANO GUARDINI, Las etapas de la vida, Ediciones Palabra, Madrid 1997, p. 95.

<sup>61</sup> JAVIER H. MARTÍN HOLGADO, Prólogo, en: DAVID RICHÓ, Cómo llegar a ser un adulto, Desclée De Brouwer, Bilbao 1998, p. 12.

específica orientación vital e íntima”<sup>62</sup> a partir de una identidad personal válida y verdadera, que desencadene una “realización personal progresiva”<sup>63</sup>.

Esta riqueza interior ha sido descrita como “resiliencia”, entendida como la capacidad que tiene la persona para afrontar las adversidades de la vida, aprendiendo de ellas, tratando de superarlas e incluso transformándose en ellas y por ellas<sup>64</sup>. La persona con riqueza interior tiene grandeza de alma, profundidad de vida y no pocos recursos personales ante los impactos de la vida. Es entonces la hora de “el hombre interior” (Ef 3, 16), que crece en conversión, en amor hermoso y en dulzura de carácter<sup>65</sup>. Esta riqueza interior evitará que una vejez lograda socialmente nunca sea inevitablemente un malogro definitivo<sup>66</sup>, confundiendo el ser con el tener. Una vejez verdaderamente lograda sabe responder, por sus actitudes, a la última pregunta del hombre, a la pregunta de la vida: ¿qué es realmente la felicidad?<sup>67</sup> Riqueza interior es disfrutar del don de la sensibilidad, del don de ser una persona altamente sensible<sup>68</sup>, no morbosamente sensible, que es, más bien, una sensibilidad catalogada como defecto e inmadurez. La riqueza interior es una aristocracia del ser, es un amor que ha “crecido más y más en penetración y sensibilidad para captar los valores” (Flp 1, 9-10). La persona con riqueza interior nunca será derrotada por la vida y sus acontecimientos aunque litigue con ella (cf. Salmo 126), porque es un edificio asentado sobre roca firme (cf. Mt 7, 24-27); 1Cor 3, 9; Salmo 126).

### ***Maestros de la ciencia de la vida***

Enseñaba un día el Señor que “un escriba que entiende del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo” (Mt 13, 52). El maestro sabio debe sacar de sí lo nuevo y lo antiguo, dándole a cada cosa su valor más allá de los episodios. Por eso, acertadamente, garantizaba Cicerón que las cosas grandes no se hacen con la fuerza, la rapidez o la agilidad del cuerpo, sino con las cualidades personales de las que la ancianidad no está huérfana sino acrecentada, refiriéndose al consejo; es más, dice que hacen cosas mayores y

---

<sup>62</sup> JUAN PABLO II, PDV 71.

<sup>63</sup> JUAN PABLO II, PDV 70.

<sup>64</sup> Cf. EDITH HENDERSON GROTBORG, La resiliencia en el mundo de hoy. Cómo superar las adversidades, Gedisa, Barcelona 2006, p. 18; ALEJANDRO ROCAMORA, Crecer en la crisis. Cómo recuperar el equilibrio perdido, DDB, Bilbao 2006, pp. 181-187.

<sup>65</sup> Cf. JACQUES LECLERCQ, La alegría de envejecer, Sígueme, Salamanca 2005, pp. 39-53.

<sup>66</sup> Cf. LUÍS CENCILLO, Última pregunta, Sígueme, Salamanca 1981, p. 319.

<sup>67</sup> Cf. ROBERT SPAEMANN, Ensayos filosóficos, Ediciones Cristiandad, Madrid 2004, pp. 89-113.

<sup>68</sup> Cf. ELAINE ARON, El don de la sensibilidad. Las personas altamente sensibles, Ediciones Obelisco, Barcelona 2006.

mejores<sup>69</sup>. El Papa Juan Pablo II solía repetir a los ancianos: “Tenéis todavía una misión por cumplir, una contribución que ofrecer”<sup>70</sup>.

Pero no olvidemos que escuchamos de mejor agrado a los que nos enseñan, si nos dan a la vez testimonio<sup>71</sup>. Los mayores pueden ofrecernos el don de la sabiduría; pero se trata lógicamente de una posibilidad, y si ella se da, de un preciso deber<sup>72</sup>. La sabiduría es un verdadero don, cuando se ofrece con el testimonio de vida y no con ostentación y apariencias fútiles de sabio. Los consejos han de ser desinteresados, ponderados y respetuosos con los otros, y deben tener en cuenta la edad, las condiciones, el tema y los tiempos. Esta sabiduría del corazón<sup>73</sup> nace de haber sabido “calcular” y “adquirir”, con los años, un “corazón sensato”: “con más sabiduría, porque las vicisitudes de la vida los ha hecho expertos y maduros”<sup>74</sup>. De esta madurez se beneficia todo el grupo humano que toma contacto con ella<sup>75</sup>. Así los ancianos están en condiciones internas, “gracias a su madura experiencia, de ofrecer a los jóvenes y a los adultos consejos y enseñanzas preciosas (...) Ellos son los depositarios de la memoria colectiva y, por eso, intérpretes privilegiados del conjunto de ideales y valores comunes que rigen y guían la convivencia social”<sup>76</sup>.

Ser anciano tiene como tarea nobilísima adquirir la sabiduría y descubrir serena y alentadoramente “la misión que todavía está llamado a llevar a cabo” en los contextos humanos en que se realiza cada vida. Por su rica y sabia experiencia, los ancianos maduros se convierten en “valiosos maestros y formadores”, que comparten “con los demás las propias experiencias, animan, acogen, escuchan, dan serenidad” y funcionan como “expertos” orientadores espirituales<sup>77</sup>. De aquí que San Ambrosio detectara ya en su tiempo que la vida, vivida con riqueza interior, “acrecienta la sabiduría, da consejos más maduros”<sup>78</sup>. Es evidente que este magisterio es sumamente necesario en los tiempos difíciles que nos toca vivir, para llegar a ser persona completa. Nos son de grande utilidad los ancianos cuando nos advierten de lo grave que es para un hombre preocuparse de lo inmediato y atender exclusivamente a lo que se puede tocar, ver y disfrutar; creer que uno no debe hacer lo que no siente o no desea, practicando la blanda ligereza; sostener que cualquier amor justifica todo y que es irresistible. Los ancianos nos advierten, pues, que este modo de pensar y vivir incapacita para seguir razonando<sup>79</sup>.

<sup>69</sup> Cf. De senectute, VI, 17.

<sup>70</sup> PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo, Ciudad del Vaticano 1998, p. 9.

<sup>71</sup> Cf. PABLO VI, EN 41.

<sup>72</sup> Cf. SERGIO SPINI, Note di psicologia degli anziani, Edizioni Camilliane, Torino 2006, p. 42.

<sup>73</sup> JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 8.

<sup>74</sup> JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 10.

<sup>75</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 10.

<sup>76</sup> JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 10.

<sup>77</sup> JUAN PABLO II, PDV 77.

<sup>78</sup> Commentaria in Amos, II, prólogo.

<sup>79</sup> Cf. CLIVE STAPLES LEWIS, Cartas del diablo a su sobrino, Espasa-Calpe, Madrid 1978, pp. 27-30, 55-58, 67-70, 101-105, 129-133.

### ***La sabiduría como sensatez***

“Enséñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato”, ha suplicado humildemente el salmista que levanta que el vuelo hacia las cumbres, cuando parecía que caía en el abismo de la desesperación; realiza un verdadero salto espiritual con su movimiento interior ascendente. Sabe que su vida es corta. Advierte que quizás ha buscado en sus días puras quimeras y castillos de arena, pero el “conocer mi fin” y “la medida de mis años”, y comprender “lo caduco que soy” le ayudan a adquirir un “corazón sensato”. “Corazón sensato” es visión objetiva de sí mismo y del entorno, es disponer de una mente que conoce la verdad de las cosas, es ser capaz de hacer una correcta distinción entre la apariencia y la realidad, entre lo verdadero y lo ficticio, entre lo que vale y lo que finge que vale. El “corazón sensato” se necesita para combatir todas las ficciones en la vida que discurre por la pendiente de un camino equivocado, el de aquel que se empeña en brillar sin ser.

### ***La sensatez como prudencia***

Leemos en la Biblia que “en el corazón prudente habita la sensatez, aun en medio de necios se da a conocer” (Prov, 14, 33). La sensatez viene a identificarse con la sabiduría, porque “pone el corazón en lo que es verdaderamente importante”<sup>80</sup>. Es, a su vez, en el fondo, la prudencia: “la prudencia que dan los años”, precisaba el beato Hno. Rafael<sup>81</sup>. Pero la sensatez y la prudencia son dinamismos que implican toda la personalidad; es decir, que propiamente hablando, sólo se puede hablar de personalidad prudente, pues esta calidad humana presupone muchos elementos en la persona. San Pedro advertía “estad interiormente preparados para la acción” (1Pe 1, 13). Ese “interiormente preparados” es el “corazón sensato” del que habla el salmista, cuya manifestación operativa se da en la acción, “para la acción”, de la persona prudente. Es de suma importancia en la historia del pensamiento la enjundiosa carta 24 del epistolario de San Bernardo. En ella nos aconseja el santo: “si eres prudente, gobierna”. Se podría convertir: “si gobiernas, sé prudente”<sup>82</sup>.

### ***La personalidad prudente***

La “personalidad prudente” dice relación con la acción, con la determinación, con la decisión humana. Supone en la persona conocimiento de los principios y conocimiento de la situación o realidad. Quien la posee no es una persona puramente teórica ni puramente

<sup>80</sup> Cf. FRANCISCO CERRO CHAVES, o.c., p. 43.

<sup>81</sup> BEATO HERMANO RAFAEL ARNÁIZ BARÓN, Carta del 30 de octubre de 1937.

<sup>82</sup> Cf. ALBINO LUCIANI, Ilustrísimos Señores, BAC, Madrid 1978, p. 39.

práctica<sup>83</sup>. Se alimenta al unísono de ambas fuentes, que le dan el saber de la decisión. No basta la buena intención ni la buena voluntad<sup>84</sup>, para que tengamos una “personalidad prudente”, porque la realización del bien, las decisiones humanas, presuponen el conocimiento de la realidad, la valoración objetiva de la situación concreta en que tiene lugar el obrar. De ahí que exija ser fiel al ser, a sus exigencias, y esto purifique las más entrañables raíces del querer<sup>85</sup>, del decidir. Ser prudente no es oportunismo, adulación, sino conocer los principios y aplicarlos adecuadamente a la realidad.

Cuando san Pedro nos recomienda “estad interiormente preparados para la acción” (I Pe 1, 13), obrad con “un corazón sensato”, indica que la personalidad prudente debe poseer un rico mundo interior responsable de su decisión prudente. Esos actos del mundo interior se traducen en deliberar, reflexionar y determinarse, ya que ser prudente exige no sólo poder elegir, sino elegir bien. La persona, por tanto, que quiera llegar a actuar prudentemente ha de poner previamente orden en su interior, orden en el espíritu, allí donde maduran las decisiones y donde confluyen sus energías espirituales y cordiales<sup>86</sup>.

Efectivamente, hay que “adquirir” un orden no en la periferia del yo, sino en el mismo yo, en la intimidad del sujeto actuante<sup>87</sup>. “Adquirir”, en la petición sabia del salmista, es ordenar sensatamente las tendencias humanas, para que no destruyan al hombre, sino que le ayuden a madurar sus decisiones. La virtud encargada de ordenar el yo en su profundidad es la templanza con todas las demás virtudes que de ella se derivan: magnanimidad, humildad, mansedumbre, continencia en sus diversos aspectos (comida, sexo, verbal, imaginativa), castidad, ascesis. La templanza, el autocontrol perfectivo, no indica sólo una moderación en el comer, en el beber o en la sexualidad, sino que toca lo íntimo del yo, realiza el orden del propio yo. El saber acumulado en la historia de la humanidad constata que la plenitud cordial y positiva del dominio de sí o de la templanza es fruto del Espíritu Santo<sup>88</sup>. El Espíritu es quien libera la propia interioridad, da libertad interior, forma una criatura nueva, un hombre nuevo. Además de la templanza, hay que reconocer, como presupuesto de la personalidad prudente, la fortaleza entendida como disposición habitual para realizar el bien, aun a costa del sacrificio<sup>89</sup>. La fortaleza, en sus últimas etapas, es más don que conquista, porque es fortaleza del Espíritu.

---

<sup>83</sup> Cf. JOSEPH PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 1976, pp. 42-43.

<sup>84</sup> Cf. JOSEPH PIEPER, o.c., p. 42.

<sup>85</sup> Cf. JOSEPH PIEPER, o.c., pp. 47, 48.

<sup>86</sup> Cf. JOSEPH PIEPER, o.c., pp. 224-225.

<sup>87</sup> Cf. JOSEPH PIEPER, o.c., p. 225.

<sup>88</sup> Cf. Galt. 5, 22-26; Hch 24, 24-25; Tit. 1, 8; I Cor. 9, 25; II Pedr. 1, 4-7; Rm. 5, 5.

<sup>89</sup> Cf. JOSEPH PIEPER, o.c., p.21.

### ***Maestros de la decisión madura***

La decisión humana tiene siempre sus dificultades y patologías en las personas<sup>90</sup> porque, sin un proceso de transformación del yo, como he indicado anteriormente, es muy difícil que madure la capacidad de tomar determinaciones serias. Mayor dificultad presenta adquirir la capacidad de decisiones y elecciones inmutables en la cultura de la provisionalidad, pues requiere estar “internamente preparados para la acción” ( I Pe 1, 13), como decía San Pedro. Es decir, el obrar tiene un ámbito interior que necesita maduración.

Por otra parte, los mayores, quizá porque son sabedores del funcionamiento de la persona, se convierten en magníficos maestros del conocimiento y del tránsito por un enigmático puente que reside en el interior de la persona. Me estoy refiriendo a la transformación del conocimiento de la realidad en decisión personal sobre la realidad, que sólo la persona prudente realiza<sup>91</sup>. El poeta ya identificó en la antigüedad el fallo de esta transformación: “Veo lo mejor y lo apruebo, pero marchó tras de lo peor”<sup>92</sup>. Muy bien reflejada está esta lucha interior, con una salida airosa en el propio san Pablo<sup>93</sup> y en el mismo san Agustín<sup>94</sup>. Este gran puente, pensamiento-acción, se frustra con frecuencia en las personas. Probablemente haya que buscar el fallo en cualquiera de las dos caras de la prudencia: falta de meditación o de constancia<sup>95</sup>.

Pedir consejo a las personas experimentadas con actitud de docilidad espiritual es parte de la prudencia<sup>96</sup>. El propio san Pablo consulta a los apóstoles “para saber si corría o había corrido en vano” (Gal 2, 2). Pues si el Apóstol, para no trabajar con fatiga y en vano en la predicación del Evangelio, emprendió un largo viaje hasta consultar a los ancianos, no debemos temer que nuestra autoestima descienda, si nos vemos necesitados de los avisos y buenos consejos de nuestros mayores, evitando así la precipitación, la irreflexión y la inconstancia.

### ***Verdadera y falsa prudencia: prudencia del espíritu y prudencia de la carne***

Existe una prudencia de la carne y una prudencia del espíritu, según el centro de gravedad de la persona y según el centro de su valoración. Se

<sup>90</sup> Cf. CARLOS DOMÍNGUEZ MORANO, El sujeto que ha de elegir hoy, visto desde la psicología (I), Manresa, 73 (2001), pp. 145- 157.

<sup>91</sup> Cf. JOSEPH PIEPER, o.c., pp. 71.

<sup>92</sup> OVIDIO, Metamorfosis, 7, 20.

<sup>93</sup> Cf. Rm 7, 14-25.

<sup>94</sup> Cf. Confesiones VIII, 9-12.

<sup>95</sup> Cf. JOSEPH PIEPER, o.c., pp. 45-46.

<sup>96</sup> Ya Platón consideraba el pedir consejo parte de la prudencia: MACROBIUS, Commentarius ex Cicerone in Somnium Scipionis, I.1.

puede hablar, por tanto, de una doble prudencia<sup>97</sup>. San Pablo se refería a una falsa prudencia, llamándola “prudencia de la carne” (cf. Rm 8, 1-12), que no es otra cosa, sino vivir según las obras de la carne (cf. Gál 5, 18-21), es decir, vivir con envidias, iras, impaciencias, malas palabras, rencillas, divisiones, disensiones, fornicaciones. El apóstol incluyó como prudencia de la carne toda prudencia que es esclava de los bienes de este mundo; es decir, la prudencia que Jesús llamó de los hijos de este mundo (cf. Lc 16, 8).

Se llama, en cambio, verdadera prudencia a la que delibera, juzga y decide en las cosas de cada día mirando el fin del hombre y fijándose en su encuentro con Dios. Es la prudencia del espíritu que busca poner los medios para crecer espiritualmente, es decir, el dominio de sí, la flexibilidad y benignidad mentales, la afabilidad, la alegría, el amor (cf. Gál 5, 22-23). Esta última prudencia es de carácter superior, sobrenatural, por la que se reorganizan los valores a la luz bajo la mirada de Dios, dando el peso de Dios a la cosas. Es la prudencia de las prudencias, la sabiduría de las sabidurías: “fracasará la sabiduría de los sabios, y se eclipsará la prudencia de los prudentes” (Is 29, 14); la sabiduría de este mundo es necedad ante esta sabiduría, que es más sabia, pues es “fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (cf. I Cor 1, 19-25). Esta prudencia perfecta ha de practicarse en todas las edades: “Ahora no digo, feliz la vejez, sino feliz el hombre viejo o joven, que ha llegado a comprender, que ha llegado a amar, que ha llegado a vivir sólo para Cristo”<sup>98</sup>.

---

<sup>97</sup> Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, 1-2, 61, 5; 2-2, 47, 13.

<sup>98</sup> BEATO HERMANO RAFAEL ARNÁIZ BARÓN, Carta de 30 de octubre de 1937.

### **3. “POR LA MAÑANA SÁCIANOS DE TU MISERICORDIA Y TODA NUESTRA VIDA SERÁ ALEGRÍA Y JÚBILO” (SALMO 89, 14)**

#### ***Sáclanos de tu misericordia***

Hay un solo problema importante a la hora de afrontar las preguntas sobre la vida que el salmista se hizo al principio, deseoso de saciarse de la misericordia de Dios. “Saciarse” pide y espera nuestro hombre de Dios; “Saciarse” de la acción de Dios y del mismo Dios. Es entonces cuando se tiene la certeza vital del salmista: “Cuando se multiplican mis preocupaciones, tus consuelos son mi delicia” (Salmo 93). Hemos visto al salmista acorralado por la brevedad del tiempo y la fragilidad de la existencia personal, casi asfixiado por la aparente inutilidad de la vida. Pero este versículo garantiza que nuestro hombre creyente respira hondo, porque hay posibilidad para él; y no sólo para él, también para todos los que invocan al Dios misericordioso. En el estado de ánimo de nuestro autor, ha surgido la esperanza donde habitaba la tragedia.

El Dios providente y misericordioso es capaz de transformar nuestra condición humilde en alegría y júbilo, puede cambiar nuestra suerte, inundando todos los estratos de nuestra persona. Dios responderá así al anhelo que Él mismo ha colocado en lo más hondo del hombre. “Al despertar me saciaré de tu semblante” (Salmo 16). Esta seguridad es seguridad de la promesa del mismo Dios: “Mi pueblo se saciará de mis bienes” (Jr 31, 14); “Su fidelidad por todas las edades” (Salmo 99). Sáclanos, Señor, con pan de sensatez.

#### ***¿Para qué sirve la religión?***

El salmista había planteado en otro momento una pregunta comprometida: “Entonces, ¿para qué he limpiado yo mi corazón y he

lavado en la inocencia mis manos? ¿Para qué aguanto yo todo el día y me corrijo cada mañana?” (Salmo 72). Comparándose con los no religiosos, el salmista ahonda en las razones de la pregunta, puesto que “para ellos no hay sinsabores, están sanos y orondos, no pasan las fatigas humanas ni sufren como los demás”. Mas él es consciente de que no razona bien: “yo por poco doy un mal paso, casi resbalaron mis pisadas, porque envidiaba a los perversos, viendo prosperar a los malvados” y “meditaba yo para entenderlo, pero me resultaba muy difícil; hasta que entré en el misterio de Dios y comprendí el destino de ellos”: “sabe el Señor que los pensamientos del hombre son insustanciales” (Salmo 93).

Ante la pregunta repetida de los hombres sin religión (cf. Salmos 9B; 11; 13; 113B; 41; 36; 38; 72; 93) “¿Dónde está tu Dios?” y ante su afirmación “No hay Dios que me pida cuentas”, el propio salmista reflexiona sobre la utilidad de la vida religiosa. Es la pregunta recurrente que se repite con frecuencia a lo largo de la vida de cada hombre: ¿para qué sirve la religión? ¿qué beneficio o qué utilidad sacamos de ser religiosos?<sup>99</sup>. Aunque la propongan hoy pensadores de nuestro entorno, con toda su buena intención filosófica, no es nueva la pregunta ni tampoco la contestación. Ya se la hicieron, en su tiempo, San Agustín, San Bernardo y Boecio, entre otros.

San Bernardo explica qué razones presenta Dios para que le amemos y qué ganamos nosotros con amarle<sup>100</sup>. Dios no tiene necesidad de ser amado por nosotros, pues nuestro servicio a Él no es otra cosa que ser salvados por Él. Él sabe que nuestro amor no puede ser constreñido, sino estimulado, provocado y suscitado por su amor<sup>101</sup>. Amar a Dios y al prójimo es nuestra propia realización personal: “Pues aunque no necesitas nuestra alabanza, ni nuestras bendiciones te enriquecen, tú inspiras y haces tuya nuestra acción de gracias, para que nos sirva de salvación, por Cristo, Señor nuestro”<sup>102</sup>. Ésta es la respuesta a quien crea que Dios es egoísta, cuando pide que le amemos sobre todas las cosas<sup>103</sup>, y no entiende el amor de Dios como realización del propio hombre. Jesucristo había contestado ya a esta objeción.

Cristo es realización personal del hombre y de todo hombre. El cristianismo, el misterio de Cristo, no está al margen de nuestra realización personal, sino “como lo más cercano a sus dinamismos y lo más entrañable a su ser. Entonces aparece su entrañeza, su afinidad y connaturalidad con lo más profundamente humano. Entre Dios y el hombre, no existe extrañeza ontológica sino entrañeza personal, repetía San Juan de la Cruz<sup>104</sup>: “¡Señor, Dios mío!, no eres tú extraño a quien no

<sup>99</sup> Cf. EUGENIO TRÍAS, *Por qué necesitamos la religión*, Plaza & Janés Editores, Barcelona 2000.

<sup>100</sup> Cf. Tratado sobre el amor a Dios 1, 1.

<sup>101</sup> Cf. GUILLERMO, *Tratado sobre la contemplación de Dios*, 9-11: SC 61, 89-96.

<sup>102</sup> PREFACIO COMUN, IV.

<sup>103</sup> Cf. FERNANDO SA VATER, *Los diez mandamientos en el siglo XXI. Tradición y actualidad del legado de Moisés*, Random House Mondadori, Barcelona 2004, pp. 17-35.

<sup>104</sup> Dichos de luz y amor 48.

se extraña contigo. ¿Cómo dicen que te ausentas tú?”<sup>105</sup>. El misterio de Cristo realiza, puede realizar, al hombre biológica, psíquica y espiritualmente<sup>106</sup>, siempre que lo espiritual sea pensado y vivido sensatamente en Cristo y no se reduzca a lo psíquico, sino que lo respete en su autonomía, lo suponga, lo fecunde y lo supere en una realización superior. Dios en Cristo “satisface”, “sacia”, a quien lo acepta y lo lleva a la práctica, respondiendo así a las tres raíces y necesidades de las preguntas humanas: “la soledad, la imposibilidad de un amor satisfaciente y la nostalgia de una vida plena”<sup>107</sup>.

### ***Espiritualidad en la ancianidad y de la ancianidad***

Para que la ancianidad no sea una simple sucesión en el tiempo, es preciso convertir la misión propia de esta edad en tarea espiritual, en fuente de crecimiento humano y espiritual<sup>108</sup>. El único modo de vivir bien la ancianidad es vivirla en Dios y con Dios. Es hora de la conversión, del realismo espiritual, de elaborar y vivir una adecuada espiritualidad, si no se ha vivido con anterioridad.

Espiritualidad es “reconocer” que estamos en relación con Dios, es decir, descubrir y reconocer el origen de nuestra existencia en Dios, para que Cristo tome forma en nosotros (cf. Gal 4, 19). Espiritualidad es la segunda relación con Dios: “Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (I Jn 4, 16). Por eso, “reconocer” es “confesar” y “adorar”. Este reconocer hace pasar de lo biológico a lo espiritual en la relación con Él, como en el caso de María, que reconoce su grandeza. Su verdadero parentesco con el Señor (cf. Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21; 11, 27-28)<sup>109</sup> está en oír y cumplir la Palabra. Verdadera espiritualidad es la familiaridad con Dios, es acoger la palabra. Este acoger es apropiarse, por obra del Espíritu Santo, del misterio y la vida de Cristo. El misterio de Cristo debe ser el eje vivencial del camino espiritual y de su crecimiento: “tener la mente de Cristo” (I Cor 2, 16), “tener los sentimientos de Cristo” (Flp 2, 5), “vivir como Él vivió” (I Jn 2, 6), “tener el buen olor de Cristo” (II Cor 2, 15).

Hay un “sígueme” de Cristo también en la ancianidad. El momento de la ancianidad es particularmente válido para descubrir, después de haber vivido un largo camino, las actitudes y los valores propios que harán la consumación de la vida espiritual, viviendo la tercera edad de forma constructiva. La mística a vivir en este tiempo es de plenitud, la señalaba

<sup>105</sup> OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, p. 874.

<sup>106</sup> Cf. OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, pp. 822-836; *Historia, Hombres, Dios*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2005, pp. 508-522, 624-627.

<sup>107</sup> OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Historia, Hombres, Dios*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2005, pp. 624-625.

<sup>108</sup> Cf. PIET van BREEMEN, *El arte de envejecer. La ancianidad como tarea espiritual*, Sal Terrae, Santander 2004, pp. 9-19; JEAN MONBOURQUETTE, *A cada cual su misión. Descubrir el proyecto de vida*, Sal Terrae, Santander 2000, pp. 38-44.

<sup>109</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, Sermón 25, 7-8: PL 46, 937-938.

Jesús a Pedro: “En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven te ceñías el vestido solo e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieres” (Jn 21, 18). Jesús traza a Pedro la dinámica espiritual de esta etapa de la vida: de la decisión propia a la decisión ajena sobre nosotros. Este despojo físico, psíquico y vital, vivido espiritualmente como crecimiento pascual; la reducción convertida en sabiduría de lo esencial y el desvalimiento convertido en infancia espiritual y vida teologal<sup>110</sup>. Este desprendimiento progresivo, que en la ancianidad se da en formas muy diversas, puede madurar espiritual y humanamente, si es aceptado con serenidad.

El menguar para crecer (cf. Jn 3, 30) o el crecer en el decrecer<sup>111</sup> es una ley fundamental de la vida: el crecimiento humano y espiritual siempre implica desprendimiento<sup>112</sup>. Este camino pascual de la ancianidad está llamado a convertirse en identificación personal con Cristo muerto y resucitado, hasta reflejar su gloria en nuestro rostro (cf. II Cor 3, 18). El creyente anciano ha de continuar siendo frondoso y fecundo espiritualmente (cf. Salmo 92). Verdad es que esta aparente inutilidad o despojo existencial engendra las ineludibles crisis de identidad, autonomía y pertenencia<sup>113</sup>. Pero, con aire nuevo de plenitud, el anciano, llamado a realizar su misión espiritual, es quien tiene que decir a la próxima generación: “Éste es el Señor nuestro Dios. Él nos guiará por siempre jamás” (Salmo 47).

### ***El gozo del Señor, serenidad sapiencial***

Tras la consideración sosegada de sus años, el salmista nos comunica su experiencia: “pasan aprisa y vuelan” y “la mayor parte son fatiga inútil” (Salmo 89, 10). Sabe también que puede aspirar a una felicidad estable, no pasajera, y “ser saciado” con una abundancia que comience en la mañana y perdure todos los años. También ha visto reducirse la lista de sus parientes, amigos y conocidos. Por eso, su tiempo naturalmente mira hacia el umbral de la eternidad<sup>114</sup>. Con el paso de los años es natural que llegue a sernos familiar el pensamiento del “ocaso de la vida”. El reto espiritual de esta etapa de la existencia es no vivir la muerte sólo como algo natural, resignado y anestesiado. Es preciso plantearse entonces, más que nunca, las preguntas radicales sobre el sentido mismo de la vida, evitando respuestas reductivas. Nunca es fácil lograr este intento, ya

<sup>110</sup> Cf. JAVIER GARRIDO, *Adulto y cristiano. Crisis de realismo y madurez cristiana*, Sal Terrae, Santander 1989, pp. 240-243.

<sup>111</sup> Cf. JUAN MARÍA URIARTE, *Madurar espiritualmente durante toda la vida*, en: COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *La formación espiritual de los sacerdotes según Pastores Dabo vobis*, Edice, Madrid 1995, p. 103.

<sup>112</sup> Cf. PIET van BREEMEN, *El arte de envejecer. La ancianidad como tarea espiritual*, Sal Terrae, Santander 2004, p. 57.

<sup>113</sup> Cf. JUAN MARÍA URIARTE, *Madurar espiritualmente durante toda la vida*, en: COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *La formación espiritual de los sacerdotes según Pastores Dabo vobis*, Edice, Madrid 1995, pp. 104-110.

<sup>114</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Carta a los ancianos*, Ciudad del Vaticano 1999, n. 14.

que “la vejez es un drama para aquellos que pusieron su meta en el encanto y el ímpetu de la juventud”<sup>115</sup>.

Sólo una experiencia espiritual densa infunde e ilumina una serenidad sapiencial. Con ella la existencia no es vivida y considerada como espera pasiva de un acontecimiento destructivo, la muerte, sino como acercamiento gozoso a la meta de la vida y de la plena madurez<sup>116</sup>, como paso de vida a vida<sup>117</sup>, de un momento pasajero a una eternidad feliz. Así es como siente y asiente el salmista: “Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida” (Salmo 26). “Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia” (Salmo 16). Aparece en ese momento el hombre serenado y sabio: “Feliz..., mil veces feliz, la vejez llena de canas y de apagada mirada, que nada del mundo espera, y sonríe con esa alegría de la paz interior y que Dios comunica a sus amigos”, “la paz serena, del que nada espera del mundo, porque todo lo espera de Dios”, “triste vejez la que sólo llora sus recuerdos y vive amargada en su soledad”<sup>118</sup>.

### ***La sabiduría como esperanza y la esperanza como sabiduría***

El salmista sabe que no quedará defraudado (cf. Salmo 24; Rm 5, 5) pidiendo la sabiduría del corazón y morando en la casa de la sabiduría, es decir, en Dios mismo. Ha tenido desde la juventud a Dios como esperanza. Y ahora Dios es la esperanza que le mantiene alegre (cf. Salmo 70; Rm 12, 12). Dios es fiel y no abandona al hombre que ha creado, ni lo olvida en su propio malestar e insatisfacción; la sed de vida, inyectada por Él, nunca será defraudada ni traicionada por el buen Dios. Pero esta lucidez sobre la plenitud del hombre no surge de improviso, ha sido precedida y preparada, paso a paso, por los deseos y los anhelos de cada hombre y cada mujer durante toda su vida. Ahora, en la ancianidad, puede haberse logrado el hermoso fruto de “un corazón sensato”, curtido en años y en “calcular”, pensar y vivir la vida, con todos sus pormenores, desde el misterio de Cristo.

Cuando el salmista vive anímicamente el argumento vital de que hay posibilidades futuras, se encuentra ya en la casa de la esperanza. La presencia de la esperanza en el hombre creyente produce un ensanchamiento del mundo interior; un fervor en la vida que permite a la persona soportar el yugo del presente; eso que el Papa Juan Pablo II llamaba “esperanza indómita”<sup>119</sup>. Algo que te lo puede dar el misterio de Cristo creído, vivido y anunciado.

<sup>115</sup> JACQUES LECLERCQ, *La alegría de envejecer*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 69.

<sup>116</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Carta a los ancianos*, Ciudad del Vaticano 1999, n. 16.

<sup>117</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Carta a los ancianos*, Ciudad del Vaticano 1999, n. 17.

<sup>118</sup> BEATO HERMANO RAFAEL ARNÁIZ BARÓN, *Carta de 30 de octubre de 1937*.

<sup>119</sup> Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2005.

Cuando el fundamento de la esperanza consiste en tener corta edad y apariencia de joven, puede, con el paso de los años, surgir el tedio de la vida en los mayores, porque es endeble el fundamento de esa esperanza puramente cronológica. De hecho, el tedio y el cansancio de la vida en ciertos mayores ponen de manifiesto que ha sido mal fundamentada la vida, porque se ha sustentado sobre valores efímeros sujetos al inexorable paso del tiempo.

Recordemos a un gran viejo joven que decía: “hay una juventud del espíritu que permanece en el tiempo y que tiene que ver con el hecho de que el individuo busca y encuentra en cada ciclo vital un cometido diverso que realizar, un modo específico de ser, de servir y de amar”<sup>120</sup>. Era una invitación a no dejarse envejecer espiritualmente. “El espíritu humano, por lo demás, aun participando del envejecimiento del cuerpo, en un cierto sentido permanece siempre joven si vive orientado hacia lo eterno; esta perenne juventud se experimenta mejor cuando, al testimonio interior de la buena conciencia, se une el afecto atento y agradecido de las personas queridas”<sup>121</sup>. Todos conocemos y hemos tratado a ancianos “con una sorprendente juventud y vigor de espíritu”<sup>122</sup>. Con ese mirar al cielo, dice Fr. Luis de León, “burlaréis los antojos de aquesta lisonjera vida, cuanto teme y cuanto espera”<sup>123</sup>. Con Él todo se puede sufrir: todo es fácil, diligente y gozoso, sin esfuerzo, comentaba Santa Teresa de Jesús<sup>124</sup>, porque “Él es nuestra esperanza” (I Tm 1, 1). Jóvenes de espíritu y viejos de espíritu, he ahí el fundamento sólido de la madurez humana. Y del logro, del acierto, de la dicha José Luis Martín Descalzo, que recorrió “junto al cantor de Fontiveros -sobre todo en los últimos meses de su vida- los vericuetos interiores del alma en una búsqueda constante de Dios y de la belleza”, llegó a decirnos, antes de irse:

“Morir sólo es morir. Morir se acaba.  
Morir es una hoguera fugitiva.  
Es cruzar una puerta a la deriva  
y encontrar lo que tanto se buscaba.

Acabar de llorar y hacer preguntas;  
ver al Amor sin enigmas ni espejos;  
descansar de vivir en la ternura;  
tener la paz, la luz, la casa juntas  
y hallar, dejando los dolores lejos,  
la Noche-luz tras tanta noche oscura”<sup>125</sup>.

---

<sup>120</sup> JUAN PABLO II, VC 70.

<sup>121</sup> JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 12.

<sup>122</sup> JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 12.

<sup>123</sup> Liturgia de las Horas, vol. IV, p. 1327.

<sup>124</sup> Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, Libro de su vida, 22, 6-7. 12. 14.

<sup>125</sup> Testamento del pájaro solitario, Verbo Divino, 1991. Solapa y 101

#### **4. “QUE TUS SIERVOS VEAN TU ACCIÓN, Y SUS HIJOS TU GLORIA” (SALMO 89, 16)**

##### ***Ver tu acción y tu gloria***

Nuestra reflexión, siguiendo el salmo 89, ha partido de una plegaria ardiente al buen Dios: adquirir un corazón sensato. Porque sólo saciados y nutridos de Dios mismo, puede centrarse nuestro corazón en sensatez. El versículo que encabeza este capítulo plasma el deseo de que Dios intervenga en el corazón dándole la sensatez. Quiere el salmista palpar así la acción de Dios en sus siervos. Si Dios realiza su acción en el orante, el orante será sensato de corazón. Con sensatez de corazón pluridimensional, en todas las direcciones del mismo. Honrará a sus padres y a todos los mayores movido por esa sensatez adquirida, es decir, será sensato su proceder en las relaciones familiares. También “sus hijos verán tu gloria”, al ver los frutos de sensatez de los siervos de Dios, los hijos reconocerán también la gloria de Dios en las almas de los creyentes por su generosidad con los mayores. Las obras prósperas del creyente son frutos de la acción de Dios, sin anular la libertad y la decisión del creyente. Honrar padre y madre, honrar a nuestros mayores, es también acción de Dios en sus siervos. Y es que, tanto la persona como toda categoría del Reino de Dios son “don y tarea”<sup>126</sup>. Consecuentemente, es también proceso a realizar y desenvolver por el siervo. La acción y la gloria a testimoniar a los hijos es honrar al padre y a la madre.

##### ***"Honra a tu padre y a tu madre"***

---

<sup>126</sup> BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2007, 2-3.

Este precepto (cf. Ex 20, 12; Dt5, 16; Mc 7, 10), universalmente reconocido, que, tiene aplicación directa a los padres, se extiende a todos los mayores. Allí donde el precepto es reconocido y cumplido con fidelidad, los mayores y los ancianos “no corren peligro de ser considerados un peso inútil y embarazoso”<sup>127</sup>. “Honrar a tu padre y a tu madre” indica respetar a los que nos han precedido y reconocer todo el bien que nos han hecho. “Honrar” equivale a vincularse con las raíces de la propia existencia. De aquí que sea preciso convencerse de que es más humano y más civilizado respetar y amar a los ancianos<sup>128</sup>.

Ningún subterfugio argumental religioso debe esquivar el mandato del amor operativo personal a los padres y mayores, porque el Señor, en su intento de definir realmente qué es puro y qué es impuro religiosamente, “la religión pura e intachable ante Dios” (St 1, 27), mantiene una verdadera y argumental batalla con los falsos expertos en religiosidad, cuando dice: “Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres (...) Violáis el mandamiento de Dios, para conservar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre y el que maldiga a su padre o a su madre, morirá. Pero vosotros decís: declaro ofrenda a Dios todo aquello con que yo pudiera ayudarte, y ya no le dejáis hacer nada por su padre y por su madre, anulando así la Palabra de Dios por vuestra tradición que os habéis transmitido, y hacéis muchas cosas semejantes a éstas” (Mc 7, 8-13).

“La honra está vinculada esencialmente con la virtud de la justicia, pero ésta, a su vez, no puede desarrollarse plenamente sin referirse al amor a Dios y al prójimo. Y ¿quién es más prójimo que los propios familiares, que los padres y que los hijos?”<sup>129</sup>. Honrar es reconocer; honrar es entrega desinteresada y sincera de la persona a la persona. Pero, a la vez, “una honra recíproca”<sup>130</sup>; hay que honrar igualmente a los hijos y merecer la honra por parte de ellos: “convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos, hacia los padres” (Mt 3, 24).

### ***En logrado clima familiar***

Esta honra recíproca convierte al ambiente familiar en la primera escuela del ser humano. En los ámbitos humanos, tanto relacionales como formativos o institucionales, se viene considerando el clima como factor determinante de la calidad de los objetivos que ese ámbito humano se propone. Así, las instalaciones y demás componentes son importantes, pero nunca suficientes; son menos importantes que el clima de ese ámbito humano, institución o entidad.

<sup>127</sup> JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 11.

<sup>128</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 12.

<sup>129</sup> JUAN PABLO II, Carta a las familias, Roma, 2 de febrero de 1994, n. 15.

<sup>130</sup> JUAN PABLO II, Carta a las familias, Roma, 2 de febrero de 1994, n. 15.

Recuerdo un enjundioso trabajo de los años 89 titulado “Una casa no es un hogar”<sup>131</sup>. Dicho artículo abría el estudio de la calidad de la vida familiar desde la categoría “clima”. Desde entonces, el estudio del clima como factor incidente en la vida familiar, es lugar común entre los estudios de la familia. Efectivamente, la familia es el primero y principal contexto de humanización de la persona. De ahí que el ambiente familiar, el clima familiar, haya de ser considerado como el lugar más importante de humanización.

Por clima familiar suele entenderse la calidad de las relaciones dentro de la vida familiar. Son siempre resultado de las características de los padres, de los hijos y de todos los miembros de la familia. De este modo, las llamadas virtudes domésticas<sup>132</sup> son las que convierten una casa en hogar. Ojalá trabajemos todos, cuanto sea posible, por fomentar y favorecer la vida diocesana como hogar humanizador de cada laico, de cada religioso y de cada presbítero. Dicho clima diocesano, logrado con la decisión y el esfuerzo generoso de todos, llegará a ser factor fecundo e incidente en la respuesta a las propuestas diocesanas y resultado, a la vez, de la implicación diocesana, “effectu et affectu”<sup>133</sup>, por parte de cada hombre y mujer miembros de la gran familia diocesana.

En clima de familia y con esfuerzo no pequeño ha visto la luz recientemente un libro, fruto de la reflexión de los Departamentos de nuestro Seminario de Orihuela, titulado “Teología y Espiritualidad de la familia”<sup>134</sup> y que dedica unas páginas a este tema. Recomendamos su lectura. Ha querido ser todo él en su conjunto una humilde y sencilla aportación al V Encuentro Mundial de las Familias con el Papa en Valencia.

### ***Los ancianos, una riqueza y un tesoro para todos***

El precepto de honrar a los padres y a los mayores no sólo es bueno porque está mandado, sino que está mandado porque es bueno. Es un bien en sí mismo y para todos. Esta afirmación es clave en el pensamiento cristiano: “La enseñanza de la Iglesia es proclamada porque es verdadera; no se hace verdadera simplemente porque sea proclamada”<sup>135</sup>. Hemos de redescubrir, por tanto, este precepto en toda su riqueza, para la propia maduración personal de quienes tratamos de ponerlo en práctica. Los ancianos pueden darnos más de cuanto podemos imaginar. Ellos son una riqueza, un tesoro, un “valioso

<sup>131</sup> CF. SIEGEL y COHEN, Why a house is not a home: constructing contexts for development, en: R. COHEN y A. W. SIEGEL (Eds.), Context and Development, Hillsdale New Jersey: Laurence Frebaum Associates, 1991.

<sup>132</sup> Oración colecta del día de la Sagrada Familia.

<sup>133</sup> Cf. PDV 25.

<sup>134</sup> SEMINARIO DIOCESANO, Teología y Espiritualidad de la familia. Reflexión de los Departamentos del Seminario. Diócesis de Orihuela-Alicante, Alicante, 2006, pp. 226-227, 13-247.

<sup>135</sup> Declaración de Windsor, de 1981, n. 27, en: JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO, Teología breve al filo de los días, Sígueme, Salamanca 2002, p. 94.

activo”<sup>136</sup>, para nosotros y para nuestro crecimiento personal y espiritual. Tanto la comunidad humana como la comunidad eclesial están siendo receptivos “de la serena presencia de quienes son de edad avanzada. Pienso, sobre todo, en la evangelización: su eficacia no depende principalmente de la eficiencia operativa”<sup>137</sup>. El que atiende a su padre, a los mayores, aunque flaquee su mente, “acumula tesoros”: “el Señor lo escucha” y “nunca se olvidará la limosna del padre” (cf. Si 3, 2-6. 21-14).

La mejor defensa de la familia es vivir la familia y en la familia que defendemos. Para vivir lo que defendemos, hemos de hacer una defensa leal, madura, madurante y convincente. Cualquier teoría justificativa de abandono de los padres y de los mayores delata y pone al descubierto nuestro yo y sus caminos de valoración. Decía el Papa Juan Pablo II que todos en todas las edades hemos de “mantener vivo el convencimiento de ser miembros vivos en la edificación de la Iglesia”<sup>138</sup>. Y los ancianos son una riqueza no sólo por lo que nos dicen y enseñan sino porque nos obligan a nosotros a revisar nuestra jerarquía de valores y a amortiguar nuestras prisas, sacando de nosotros mismos los mejores objetivos, actitudes y disposiciones en el día a día.

### ***Acogerlos, asistirlos y valorar sus cualidades***

Honar a los padres, a los mayores y a los ancianos supone un triple deber hacia ellos: “acogerlos, asistirlos y valorar sus cualidades”<sup>139</sup>. Esta triple tarea es indicadora de la altura humana y espiritual de cada uno de nosotros como personas y como creyentes; nos define. Es urgente, por tanto, promover esta cultura de la ancianidad acogida y valorada, nunca relegada. Igual que determinadas empresas, pocas, consideran a los mayores con especial atención<sup>140</sup>, hemos de hacer nosotros lo mismo, teniendo en cuenta sus necesidades humanas y espirituales.

Es mi deseo, y así vengo hablando y actuando, que esta verdad sea traducida de modo operativo, especialmente en criterios y decisiones, en la rica y necesaria presencia de los sacerdotes mayores y ancianos dentro de la comunidad presbiteral y en el ejercicio del ministerio. La Iglesia los necesita, y aprecia los servicios que puedan seguir prestando en distintos campos: apostolado, testimonio, consejo y oración<sup>141</sup>. Nadie sobra ni puede estar “en paro” dentro del presbiterio. No sobra para Dios, mucho menos para nosotros. Nuestras comunidades así lo piensan también y así lo exigen con frecuencia.

<sup>136</sup> JUAN M<sup>a</sup> URIARTE, Crecer como personas para servir como pastores, en: COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, La Formación Humana de los sacerdotes según Pastores dabo vobis, Edice, Madrid, 1994, p. 43.

<sup>137</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 13.

<sup>138</sup> PDV 77.

<sup>139</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 12.

<sup>140</sup> Cf. JÚBILO COMUNICACIÓN, Los mayores en España, un mercado emergente, JúbiloPublicaciones, Madrid 2003.

<sup>141</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 13; CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA, Edad de plenitud, EDICE, Madrid 1987, p. 126.

### ***A los familiares de nuestros mayores***

A menudo la ancianidad de nuestros mayores no sólo es prueba para ellos, sino también para nosotros, para los familiares y para el propio presbiterio diocesano. Si, como dice la Biblia (cf. Si 3, 13), su carácter cambia y puede hacerse difícil, nos encontramos entre el afecto que les tenemos y la reacción que nos provocan. Con todos han de ayudarnos a reaccionar siempre en positivo. Verlos envejecer remueve nuestra alma. Cuidemos igualmente a los cuidadores de los ancianos, para que se encuentren con más resortes ante estas dificultades que puedan presentarse, y los honren en todo momento con paciencia y con serenidad. Sin correr nunca el riesgo de olvidar que también los familiares<sup>142</sup> han de cuidarse y son objetivo de nuestro cuidado para que puedan cuidar<sup>143</sup>. Tengo en la mente y en el corazón a sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que están llevando el peso de la atención a sus padres y familiares, sin abandonar su servicio pastoral y profesional. Pido a toda la comunidad diocesana que esté junto a vosotros, los que cuidáis con dedicación, empeño y cariño a vuestros mayores: “La parroquia debe convertirse en un verdadero hogar donde las familias se sientan acogidas, ayudadas y acompañadas. Por eso, vivir en parroquia debe ser vivir en familia”<sup>144</sup>.

### ***Vivir la ancianidad en el ambiente familiar***

Es cada día más necesario que todos nosotros, Iglesia de Jesús, maestra en humanidad, construyamos espacios más humanos en todos los ámbitos, para revitalizar anímicamente a las personas. Especialmente a quienes más lo necesiten. Es bueno, en líneas generales, no erradicar al anciano de su lugar natural, si no queremos deteriorarlo más. Me he interesado por las nuevas experiencias de comunidades parroquiales que procuran mantener a sus mayores en sus pueblos, en sus casas y lugares, implicando a toda la comunidad en esta atención y dejando así al anciano en su solar enriquecedor. Nos ha sido grato a todos ver que el Papa Juan Pablo II continuaba en su ancianidad en su propio ambiente. ¿Por qué? Porque “es siempre mejor envejecer en familia” y “el lugar natural para vivir la condición de la ancianidad es el ambiente en el que él se siente en casa, entre parientes, conocidos y amigos, y donde puede realizar todavía algún servicio”<sup>145</sup>.

---

<sup>142</sup> Cf. CLAUDINE BADEY-RODRIGUEZ RIETJE VONK, Cuando el carácter se vuelve difícil con la edad. Cómo ayudar a nuestros padres sin morir en el intento, De Vecchi, Barcelona 2006, pp. 101-112.

<sup>143</sup> Cf. LUCIANO SANDRIN, Cuidarse para cuidar. Prevención del “burn out”, en: JOSÉ CARLOS BERMEJO (Ed.), Cuidar a las personas mayores dependientes, Sal Terrae, Santander 2002, pp. 137-158.

<sup>144</sup> Obispos de la Subcomisión para la Familia y Defensa de la Vida, Nota para la Jornada de Familia y Vida, 2006.

<sup>145</sup> JUAN PABLO II, Carta a los ancianos, Ciudad del Vaticano 1999, n. 13.

Erradicar y alejar a las personas de su contexto humano y humanizador no es bueno a la larga, ni resulta siempre eficiente. Las ciencias humanas testimonian lo que la ciencia del espíritu urge: los contextos naturales familiares en cuanto red social conocida del anciano son los más benéficos para detener el desarraigo y sus efectos negativos sobre la personalidad<sup>146</sup>. Hay bastantes estudios que confirman en buena parte la teoría de que una actividad plena de sentido conduce a una vejez dichosa<sup>147</sup>. Sin embargo, estar ocupado por estar ocupado sin sentido implicativo profundo, es de poca ayuda<sup>148</sup>.

Hay, por lo mismo, situaciones en las que las propias circunstancias aconsejan o imponen el ingreso en “residencias de ancianos”, para que la persona mayor, imposibilitada en parte o muy necesitada, pueda contar con asistencia específica y que los otros miembros de la familia realicen sus tareas. Tales instituciones “pueden dar un precioso servicio en la medida que se inspiren realmente en criterios no sólo de eficacia organizativa, o, en ocasiones, económica, sino también de una atención afectuosa”<sup>149</sup>. La visita de familiares y amigos es la mejor ayuda.

### ***Honrar al anciano enfermo***

Tengamos muy en cuenta que, reconociendo que la ancianidad no es una enfermedad, a pesar de las limitaciones que lleva consigo, sin embargo, sí que, con frecuencia, el anciano padece enfermedades. “El envejecimiento -termina de recordar el Dr. Cornago- no es una enfermedad, sino un proceso normal que hay que aceptar. Hay que intentar paliar sus efectos centrándose sobre todo en mejorar la calidad de vida”<sup>150</sup>. Es muy conveniente, pues, estar cerca de los ancianos enfermos porque junto a sus necesidades están sus vivencias y sus reacciones como enfermos ancianos<sup>151</sup>. Fomentemos, por tanto, en nuestras parroquias de la diócesis, y en las casas particulares, la atención digna a los ancianos enfermos.

Este evangelio de la ancianidad y del anciano, especialmente cuando está enfermo, ha de ser traducido en objetivos humanos, sociales y espirituales, evitando la soledad, así como la desconexión de la comunidad de fe, dedicando tiempo para acompañarles y ayudar a sus familiares. Ayuda que debe extenderse también a las necesidades

---

<sup>146</sup> Cf. JOSEP MARIA FERIGGLA, *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Herder, Barcelona 2002, pp. 178-187.

<sup>147</sup> Cf. ALFONS AUER, *Envejecer bien. Un estímulo ético-teológico*, Herder, Barcelona 1997, p. 210.

<sup>148</sup> Cf. B. F. SKINNER y M. E. VAUGHAN, *Disfrutar de la vejez*, Martínez Roca, Barcelona 1986, p. 96.

<sup>149</sup> JUAN PABLO II, *Carta a los ancianos*, Ciudad del Vaticano 1999, n. 13.

<sup>150</sup> A. CORNAGO SÁNCHEZ, *Para comprender al enfermo*, San Pablo, Madrid 2007, 208

<sup>151</sup> Cf. BASILIO PÉREZ DE MENDIGUREN, *El anciano enfermo y la Parroquia*, Secretariat Interdiocesá de Pastoral de la Salut, Vic 1997.

espirituales, con respuesta a sus interrogantes sobre el sentido de la vida, reconociendo a cada uno como persona y ayudándole a confesar su fe. Nuestra mejor ayuda consistirá en ofrecer momentos para que el anciano enfermo plasme sus inquietudes en preguntas, dudas, esperanzas, temores y obtenga respuestas. La parroquia puede apoyar igualmente a la familia del anciano enfermo, ofreciendo también, si es preciso, acompañamiento y ayuda económica y espiritual. La parroquia evangeliza en consecuencia, en una triple dimensión: catequesis que profundice y difunda este evangelio de la ancianidad, celebración del misterio esperanzador de Cristo, y operatividad de las entrañas de Cristo manifestando la caridad individual y organizada de la Iglesia.

### ***Operatividades varias de la honra a los padres y mayores***

Sugiero algunas acciones en el ámbito de la familia, de las comunidades, de la propia Iglesia y de la sociedad que traduzcan nuestra honra a los padres y mayores en acciones reales. Intentemos crear y promover una cultura social donde encuentre su lugar el anciano, se eduque a la sociedad y se propicie la solidaridad y la armonía intergeneracional. En ella, lógicamente, se ha de contar con el anciano en la toma de decisiones tanto a nivel familiar como eclesial y social. Sugerimos igualmente al anciano que trate de conservar su movilidad hasta donde le sea posible. Dispuestos siempre a proteger su dignidad y su vida hasta su fin natural, y ofreciendo los cuidados paliativos convenientes.

Esa misma cultura inclusiva ayudará al anciano a comprender la evolución de la sociedad actual y le urgirá, en la medida de lo posible, a que no se sienta ajeno a ella con pesimismo y rechazo. Se educará para el uso de los adelantos humanísticos, científicos y tecnológicos. Se favorecerá una imagen positiva del anciano en sí mismo y se desterrará de los medios de comunicación falsos estereotipos. Se promoverá también así una educación intergeneracional de manera que los ancianos enseñen a los jóvenes y éstos a los ancianos, en un mutuo intercambio.

Sabemos muy bien que la pobreza y sus problemas se agravan en la ancianidad, especialmente en situaciones de emergencia o con ocasión de conflictos armados. Pienso y constato como pastor que, para los ancianos que emigran, concretamente a nuestra diócesis, es muy difícil la integración al país al que llegan, por las barreras culturales, principalmente. He sido testigo, de que por la migración, en especial en las áreas rurales, se desintegra a veces la familia y quedan sólo ancianas y ancianos desprotegidos sin soporte económico suficiente, haciéndose cargo ellos con frecuencia de los niños que les confían sus padres; la comunidad eclesial y humana debe ser consciente y preocuparse, en la medida de lo posible, también de estas situaciones.

### **Defensa permanente de su puesto y su dignidad**

He aducido más arriba las razones que me movieron, hace años, a conocer, ayudar y defender la dignidad de esos “nuevos pobres” -los minusválidos, los inadaptados, **ancianos**, marginados de diverso origen- según expresión de Pablo VI, en una sociedad endurecida por la competencia y el atractivo del éxito.

Veo que así lo ven y lo valoran hoy quienes, entrados en años, ven el horizonte abierto de la vida desde la altura de la atalaya informativa. Saben valorar, en armonía, la familia, la religión y la gratitud.

“Con motivo de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones - escribe un benemérito Sacerdote nuestro- don Rafael Palmero Ramos, ha convocado un encuentro en la tarde de hoy, 29 de abril, en la Casa Sacerdotal, con las familias de los sacerdotes, misioneros y misioneras, religiosos y religiosas, seminaristas, novicios y novicias, de nuestra Diócesis. Es un gesto de gratitud y cariño a las familias, que tienen un papel decisivo en la vocación de la vida consagrada de sus hijos o familiares. Así lo ha resaltado el Papa Benedicto XVI en una alocución en que destacaba “la importancia de las madres y los padres, de las abuelas y los abuelos, como ambiente de vida y oración, en donde se aprende a rezar y donde pueden madurar las vocaciones” (11-9-2006). En la relación personal con los hijos se transmiten valores y experiencias, y se aprende a compartir la vida con los demás. La transmisión de la fe religiosa se realiza originariamente en la familia. Por eso, cuando la religión está poco presente en el hogar, se está preparando la futura indiferencia religiosa de los hijos. Estos quedan indefensos ante la presión de la sociedad y de sus medios de comunicación, cuando éstos caricaturizan el hecho religioso y sus valores. Sin las raíces cristianas de la familia es muy difícil que la fe religiosa madure y arraigue en los hijos y nietos. En educación, los silencios son tan importantes como las insistencias. El silencio religioso en la familia preconditiona la insensibilidad religiosa futura del niño, porque éste considera que la religión no juega ningún papel importante en la vida. De todo lo dicho se deduce el hondo significado de la familia en el nacimiento y crecimiento de las vocaciones. La reunión del Obispo con las familias de las personas consagradas es una ocasión preciosa para agradecer, por parte de la Iglesia, el papel que las familias han desempeñado en el nacimiento y crecimiento de la vocación, y, a la vez, para orar juntos por la perseverancia y madurez de estas vocaciones”<sup>152</sup>.

Cada edad tiene su belleza y su dicha. Y, a pesar de que algunos idolatren en nuestra sociedad actual lo joven y lo juvenil, muchos deseos del hombre y de la mujer encuentran su realización sólo en la edad madura. La ancianidad se convierte así en la plenitud sapiencial de la vida, en la etapa suprema de la existencia. Privilegio del anciano es saber lo que la vida puede dar y es, conocer la ciencia de la misma y enseñar la gramática del pasar por el mundo, en camino hacia la patria.

---

<sup>152</sup> MANUEL MARCO, Familia y religión, Información, 29 abril, 2007, p. 4.

## CONCLUSIÓN

Nuestro comentario se abrió repitiendo una petición del salmista en su reflexión orante: “para que adquiramos un corazón sensato”. Pidamos juntos ahora que, este corazón, el de todos, consiga la sensatez, la prudencia, la sabiduría.

María, Madre de Dios y Madre nuestra, nos enseñe el arte de vivir y avale nuestra súplica con su poderosa intercesión.

**“María, pureza en vuelo,  
Virgen de vírgenes, danos  
la gracia de ser humanos  
sin olvidarnos del cielo.**

**Enseñanos a vivir;  
ayúdenos tu oración;  
danos en la tentación  
la gracia de resistir.**

**Honor a la Trinidad  
por esta limpia victoria.  
Y gloria por esta gloria  
que alegra la cristiandad. Amén”<sup>153</sup>.**

---

<sup>153</sup> LITURGIA DE LA HORAS, vol. IV, p. 1428.

## **NO SE ES VIEJO NI JOVEN PARA AMAR A DIOS**

Carta del Hno. Rafael Arnáiz Barón, Monje Trapense

Cuando llegó a mis manos esta carta del Hno. Rafael Arnáiz Barón - inédita hasta ese momento- era yo Obispo de Palencia. Se había encontrado en el Archivo del Monasterio Cisterciense de San Isidro de Dueñas, la Trapa del Hno. Rafael, y me la facilitaron enseguida (marzo 2005).

Vio la luz el documento, poco después, en un libro de Francisco Cerro Chaves<sup>154</sup>. Se reproduce aquí nuevamente por varias razones:

- para que la lectura de la misma siga haciendo bien a más hermanos y hermanas, mayores, jóvenes y pequeños,
- porque aparecen varios de sus párrafos en este trabajo, y pienso que es bueno tener a la vista el texto completo de dicha carta,
- por la sintonía espiritual y afectiva con el autor de la misma, y con la Comunidad de Monjes de esta Trapa, porción cualificada de la Diócesis palentina,
- por amistad y afecto al Superior de la Abadía Cisterciense de Oseira (Ourense), Juan Javier Martín, que profesó en Dueñas y termina de ser ordenado Sacerdote en Oseira,
- y por gratitud y afecto al querido P. Damián Yáñez, paisano y amigo entrañable, en sus 90 primeros años. Fue connovicio del Beato Rafael, y a él se refería este Hermano joven cuando, a los 8 días de ingresar en la Trapa, luchando consigo mismo, advertía: "... Son las seis y media de la mañana y tengo un sueño que me caigo... Fray Damián me lo ha notado y me ha hecho señas de que escribiendo no me dormiré, y procuraré con más facilidad tener los ojos abiertos... y sin más preámbulo que una Avemaría, he cogido papel y pluma y me dispongo a escribir...

---

<sup>154</sup> Saber vivir envejeciendo. Monte Carmelo, 2006, pág. 93-102

Pues tenía razón Fray Damián, se me ha quitado el sueño...  
¡¡dichosa naturaleza, qué guerra das!! Pero espero que con la  
ayuda de Dios te he de sujetar y te he de domar”<sup>155</sup>

Villasandino (Burgos)  
30 de octubre de 1937

*Carta a D. Leopoldo Torres Erro, Marqués de San Miguel de Grox,  
hermano de D<sup>a</sup> Fernanda, abuela materna del hermano Rafael.*

Ave-María  
A propósito de la vejez...

Hace unos día tuve ocasión de leer unas cuartillas de un viejo  
cristiano<sup>156</sup>. Vi en ellas la prudencia que dan los años, y la paz serena, del  
que nada del mundo espera, porque todo lo espera únicamente de Dios.

Terminaba sus reflexiones diciendo: ¡Qué feliz es la vejez!

Qué bien suena esa exclamación en los labios de un viejo<sup>157</sup>...  
Cuánto debe agradar a Dios esa alegría interior, que se nutre de la ilusión  
de dejar algún día de vivir..., de la ilusión de la muerte cercana..., de la  
ilusión de ver a Dios.

El hombre no puede vivir sin una ilusión.

Los niños sueñan con ser hombres; los hombres ponen muchas  
veces su ilusión en cosas, que los años van transformando en  
desengaños, de los cuales a menudo, Dios se vale para atraer al hombre  
hacia sí y llenar su corazón de la única ilusión que de veras satisface al  
alma, y para lo cual no hay edades..., la ilusión de Dios.

Feliz..., mil veces feliz, la vejez llena de canas y de apagada  
mirada, que nada del mundo espera, y sonrío con esa alegría de la paz  
interior y que Dios comunica a sus amigos.<sup>1</sup>

Feliz el viejo que puede decir: Casi no veo, pero ¿qué importa?,  
veo a la luz de la Fe las grandezas de Dios. Casi no oigo, pero ¿qué  
importa? ¿Acaso los hombres dicen algo?... Oigo allá en mi interior la  
llamada de Dios, que me llama a la oración, al recogimiento, a la Santa  
Compunción..., eso me basta... Ya casi no me sostienen mis piernas...,

<sup>155</sup> RAFAEL. Vida y escritos del Beato Fray M<sup>a</sup> Rafael Arnáiz Barón, Monje Trapense.12<sup>a</sup>  
Perpetuo Socorro, 2000, 134-135

<sup>156</sup> Se refiere a D. Leopoldo Torres Erro, Marqués de San Miguel de Grox. Éste escribió unas  
cuartillas a la familia Arnáiz Barón. La carta del Hno. Rafael es contestación a ese escrito de su  
tío-abuelo.

<sup>157</sup> Actualmente suena mal referirse a un anciano llamándole viejo. No ocurría así por los años 30,  
en que escribió esta carta el Hno. Rafael. De ahí que él utilice esta palabra tantas veces en su  
escrito.

para nada valgo..., pero ¿qué importa la pesadez de la materia, cuando se tiene dentro esa vida sobrenatural que tiene alas de querubín para volar a Dios?... ¿Qué importa la enfermedad del cuerpo, cuando vemos al Gran Médico, curar con tanta dulzura nuestra alma llena de lacras y pecados pasados...? Cuando vemos que es el corazón el que Jesús nos pide, y ése, a pesar de los años y de las enfermedades, se lo podemos entregar con toda sinceridad..., y, quien sabe, muchas veces corazón de niño en un cuerpo de viejo cargado de años.

Cuerpos que se doblan y se cansan de vivir; almas que aman a Dios, eternamente jóvenes..., para el que es Infinito no hay edades.

Triste vejez la que sólo llora sus recuerdos y vive amargada en su soledad.

Alegres años los del anciano, que sólo llora sus pecados y vive sólo de la esperanza del perdón, y ama la soledad en la que encuentra a Dios y sólo a Él.

Felices los últimos años del cristiano que suspira por el Cielo y que ve que<sup>158</sup> tan de cerca. Ya no le turban pasiones. Comprende la vanidad de las cosas de la tierra. No le interesan riquezas ni honores. Todo ha sido como frágil humo que ha esparcido el viento de los años y del que ya nada queda. Mira las cosas con esa serena quietud del que vive más en el Cielo que en la tierra... Verdaderamente, es feliz el viejo que de veras ama a Dios.

Últimos años de la vida ¿por qué gemir y llorar, lo que ya pasó? ¿Acaso lo que pasó es mejor que lo que te espera? No..., pasaron tus días, y tus días no son nada... Pasaron tus ilusiones y tus deseos..., si los viste alguna vez cumplidos..., ¿qué quedó de ellos?, nada..., quizás amargura. Pasaron tus seres queridos, y de ellos, ¿qué queda?... Nada, sólo el recuerdo, que también como el humo, se pierde en el espacio y en el tiempo.

Mira atrás, y tus ojos apagados por los años, lloran el tiempo perdido en vanidades que no han llenado tu corazón.

Pero Santa Alegría la de tus últimos años, si en lugar de soñar con tu pasado, miras la eternidad que te espera, donde no hay ya mentiras, ni envidias, ni ojos cansados, y débiles miembros enfermos y envejecidos... Santa Alegría la del viejo que sueña con sólo Dios, que mira a la muerte con tanta dulzura y paz interior...

El niño mira a la muerte con inconsciencia... El joven la busca a veces con generosidad y con ímpetu de deseos... El anciano la espera sereno, conforme con la voluntad de Dios... Paz, palabra muy repetida y muy poco comprendida... Paz en el alma del cristiano anciano y viejo...

---

<sup>158</sup> Así lo pone Rafael en el manuscrito, pero se ve que sobra aquí *que*.

Paz del que espera tranquilo en la Misericordia Divina, y en la Bondad Infinita del Crucificado. ¡Verdaderamente es feliz la vejez!

Yo no sé expresar nada, ni tengo años ni experiencia, ni siquiera desengaños. Muy joven me fue indicando Jesús el camino, y no tuve tiempo de oír a los hombres; el Señor no me dejó detenerme a escuchar los halagos del mundo... Soy joven, quizás no haya empezado a vivir. Mas escucho a los viejos, respeto sus canas y el cabello blanco cuando me dicen: yo pasé mi vida y mi vida fue nada... He llegado al final del viaje y sólo he aprendido una cosa: la vanidad de todo, y que sólo Dios basta.

He escuchado al anciano que e dice: Yo también fui joven, y mis años pasaron sin darme cuenta; amé el mundo, y el mundo nada me dio; busqué la sabiduría, y no la hallé ni en la guerra ni en la ciencia, ni en la bestia, ni en el hombre... Sólo la hallé en el Amor de Dios, y en el desprecio del mundo.

Escuché a los sabios, y escuché a los viejos..., por eso quizás tenga también algo de viejo mi corazón, y sepa comprender las palabras de un viejo abuelo<sup>159</sup> que con su pelo blanco, su oído sordo, sus piernas débiles y sus ojos cansados, exclame con santa alegría: ¡Qué feliz es la vejez!

No es la vejez propiamente la que es feliz; es el corazón del viejo que ya, desasido de las cosas del mundo, sólo suspira por Dios.

Y eso en un joven también puede ocurrir.

Ni se es viejo, ni se es joven para amar a Dios... No son los años los que nos enseñan a desprendernos del mundo; para llegar a comprender las palabras del Evangelio: "Yo soy el camino y la vida", no hacen falta muchos años, solamente basta detenerse a pensar..., y a veces también a escuchar al que sabe más que nosotros..., al sabio que en la celda medita las verdades eternas, y al viejo que, al final de su vida, nos dice que el mundo y sus criaturas pasan, que pasa la vida, y que de todo, nada queda; que es pueril amar la vanidad y que sólo se halla la paz en Jesús; que la única verdad es Cristo, que el único tesoro es Dios, y que la única vida es Él y sólo Él.

Ahora no digo, feliz vejez, sino feliz el hombre joven o viejo que ha llegado a comprender, que ha llegado a amar, que ha llegado a vivir sólo para Cristo.

Venga la muerte pronto o tarde... ¿qué más da? Dios no tiene ni tiempo ni espacio limitado, es Infinito. Para Él no hay edades, no hay más que corazones que de veras sean suyos.

---

<sup>159</sup> D. Leopoldo Torres, no es abuelo de Rafael. Es tío-abuelo, por ser hermano de su abuela materna, doña Fernanda. Tal vez al llamar *abuelo* a D. Leopoldo, Rafael quiera decir *anciano*.

A nosotros no nos queda más que esperar... Esperar sin mirar atrás, sin pena de lo que pasó, sin esperar nada de los hombres, y alegres de cumplir la voluntad de Dios, sea como sea y cuando sea.

La Santísima Virgen tome en sus manos mi intención al escribir. Solamente quería hacer llegar al alma de un viejo, el corazón de un joven, para demostrarle que los que aman a Dios están unidos en Él, aunque la edad los separe... Que se puede tener un alma de niño en el cuerpo de un anciano, y que se puede tener un corazón muy viejo en cuerpo de veinticinco años.

Solamente quería hacer ver, que la vejez no está sola. Y, cuando el viejo habla de Dios y de la Virgen, siempre hay alguien que le escucha, y que, en silencio, toma sus palabras, las respeta y las guarda; son las palabras del anciano, las palabras del sabio, pues no hay más sabiduría que el llegar tarde o temprano a amar de veras a Dios, y a desprenderse del mundo.

¡Felices los viejos que hablan de Dios!

¡Felices los jóvenes que les escuchan!

¿Qué más puedo yo decir?... nada. Solamente pedir perdón de mi osadía al hablar, quizá de lo que sepa, al que sabe más que yo, pero si los jóvenes debemos escuchar con respeto al viejo..., el viejo debe ser indulgente con los atrevimientos del joven..., para eso es viejo.

Y, cuando unos cansados ojos, lean estas líneas, piensen que a su corazón de viejo cristiano, le comprende en sus soledades un trapense joven, que también tiene un corazón que ama a Cristo, y que exclama: ¡Felices los hombres que esperan en Dios!

¡Que la Virgen María sea siempre bendita!

*Fray María Rafael*  
Villasandino, 30 Octubre de 1937<sup>160</sup>

*D<sup>a</sup> Mercedes (madre del Hno. Rafael), añade a esta carta a D. Leopoldo Torres, Marqués de San Miguel de Grox, tío de ella, lo siguiente:*

¿Qué he de decir a nuestro viejo queridísimo, después de esta carta de mi trapense? Soy tan insignificante como falta de palabras. Sólo he de decirte una verdad: tus cuartillas sencillas, naturales, llenas de Dios, consuelan, alegran, pero a mí me hicieron llorar... Serán conservadas por mí por lo que merecen y por el amor que inspiran...

---

<sup>160</sup> Escrito antes de ingresar el Hno. Rafael por cuarta y última vez en la Trapa, el 15 de diciembre de 1937.

Te abrazo con toda mi alma, viejín querido, y sólo te pido una cosa: dile a la Virgen, nuestra Madre, que proteja siempre a mi soldado<sup>161</sup>, tan devoto suyo, que lucha por España, y que tenga también de su mano a mis otros tres hijos<sup>162</sup>... Tu oración vale más que la mía; la mía es de madre y quizá demasiado interesada.

Tu

*Mercedes*

---

<sup>161</sup> Se refiere a su hijo Luis Fernando, que por aquella época luchaba por Dios y por España, en el frente Nacional, en la guerra civil española de 1936-1939.

<sup>162</sup> Rafael, Leopoldo y Mercedes.

## **BIENAVENTURANZAS, EN SINTONÍA CORAL**

Por ahí andan, en hojas sueltas, para facilitar su difusión, unas bienaventuranzas sobre nuestro tema. No son bienaventuranzas sólo del anciano, sino también de quienes queremos acercarnos a ellos, ancianos y ancianas venerables, con amor y con respeto, con estima y con cariño.

Bienaventurados los que me hacen sentir que soy amado, que soy útil todavía y que no estoy solo.

Bienaventurados los que llenan la última etapa de mi vida con cariño y comprensión.

Bienaventurados los que atienden mi paso vacilante y temblorosa mano.

Bienaventurados los que tienen en cuenta que ya mis oídos tienen que esforzarse para captar lo que hablan.

Bienaventurados los que se dan cuenta de que mis ojos están nublados y de que mis reacciones son lentas.

Bienaventurados los que desvían la mirada con disimulo al ver que he derramado el café en la mesa.

Bienaventurados los que con una sonrisa me conceden un ratito de su tiempo para charlar.

Bienaventurados los que nunca dicen: ya me han contado eso dos veces.

Buenos puntos de reflexión para todos, y buen tema de oración, para seguir compartiendo, en clima de familia, nuestra vida y nuestro futuro, ya presente en nuestros mayores.

Advertiréis, queridos hermanos mayores, que he reflexionado en voz alta, sirviéndome del Salmo 89, sobre vosotros y vuestra tarea y saludable misión.

Un sacerdote amigo, venerable y experimentado<sup>163</sup>, que no ha perdido el humor con el paso de los años y que mantiene la ilusión de vivir, en familiaridad con otros hermanos, escribía estos versos, no académicos, dictados por el corazón más que por la pluma. Son todos ellos, lo mismo que el título, tan sugestivos como sugerentes y sugeridores:

### **No me llames viejo**

No me llames viejo  
que eso no me agrada.  
¡Viejo, yo, que tengo  
un porte y prestancia...  
Yo, que he sido siempre  
como esbelta palma  
que el viento no pudo  
abatir sus ramas...  
No me llames viejo  
que eso no me agrada.

Viejos son aquellos  
que no aman la vida  
y sus esperanzas,  
y no hay ilusiones  
dentro de su alma.  
Viejos son aquellos  
que, en su desarrollo,  
ya no crecen nada.  
Y aprender no intentan  
Y en su extensa vida  
no mueven un dedo  
para mejorarla.

Yo soy hombre joven  
que su fe proclama;  
mi mente aún fabrica

---

<sup>163</sup> TOMÁS DOMINGO HERNANDO, Párroco Arcipreste de Ocaña (Toledo) entonces. Hoy jubilado y residente en la Casa Sacerdotal “Cardenal Marcelo”

ideas muy sanas  
y canto a la vida  
todas las mañanas.  
No me llames viejo  
que eso no me agrada.  
Viejo es una fría  
y dura palabra  
que, al que tiene ánimo,  
no le dice nada.

Sí, ya sé que tengo  
algunos achaques  
que mi cuerpo dañan,  
pero eso lo asumo  
no como desgracia  
sino como signos  
del Padre que aguarda.  
No me llames viejo  
que eso no me agrada.  
El pájaro loco  
que habita en mi casa  
canta sus amores  
en cada alborada.  
Cuando viene el día  
entona alabanzas  
y lleno de gozo  
a Dios le da gracias.

¡Llámame a mí viejo  
con Dios en el alma!

---